

VILLAHERMOSA

nuestro anhelo compartido

Presentación

La labor editorial de un gobierno trasciende la publicación de libros y revistas. Representa la voluntad de preservar la memoria colectiva y propiciar el diálogo entre generaciones. Por ello, el Gobierno Municipal de Centro impulsa una política cultural que reconoce en el arte, la literatura y las expresiones populares una dimensión esencial del bienestar social y del patrimonio vivo de la comunidad.

A través del Fondo Editorial del Municipio de Centro, hemos consolidado una agenda permanente de fomento a la lectura y difusión cultural, incorporando nuevas obras al acervo bibliográfico del municipio y del estado. Estas publicaciones, disponibles tanto en formato físico como digital, enriquecen las bibliotecas municipales y amplían las posibilidades de acceso al conocimiento, al tiempo que fortalecen los vínculos entre la sociedad y su herencia cultural.

Villahermosa: nuestro anhelo compartido se inscribe en ese esfuerzo colectivo. Esta publicación reúne la mirada sensible de siete escritores que, desde distintos registros y experiencias, exploran el pasado y el presente de nuestro municipio, revelando los signos que conforman una identidad compartida.

En sus páginas convergen las tradiciones y las manifestaciones populares que mantienen viva la esencia de la ciudad: la fiesta del Maromo como legado de los pueblos originarios; el desfile de carros alegóricos que llena de color y algarabía las calles; los oficios cotidianos que sostienen el ritmo de la vida urbana; la plástica tradicional y la fotografía como testimonio sensible de nuestra historia común.

El hilo que une estos trabajos es la vitalidad de una cultura que permanece en movimiento y encuentra en su gente la fuerza para renovarse sin perder sus raíces. Cada texto e imagen reafirma un sentido de pertenencia e invita a mirar a Villahermosa como una experiencia colectiva construida por el trabajo, la celebración y el afecto de quienes la habitan.

Esta obra es, ante todo, una expresión del talento de sus creadoras y creadores, así como una muestra del compromiso de este gobierno con la preservación y difusión de la cultura. En los libros, en el arte y en la palabra, una sociedad resguarda su memoria y proyecta su presencia hacia el porvenir.

Yolanda Osuna Huerta



VILLAHERMOSA
nuestro anhelo compartido



COLECCIÓN FOMENTO A LA LECTURA

Consejo Editorial 2026

Yolanda Osuna Huerta

Luis Alberto López Acopa

María de los Ángeles Jiménez Calderón

Alejandra Casanova Priego

Aurora Kristell Frías López

Gerardo Brabata Pintado

Miguel Ángel Ruiz Magdónel

Primera edición, 2026

ISBN: 978-607-69450-3-2

© Municipio del Centro

Av. Paseo Tabasco, número 1401

Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

Todos los juicios expresados en este libro
son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial
o total del contenido de la presente obra
sin contar previamente con la autorización
expresa y por escrito del titular, en términos
de la Ley Federal de Derecho de Autor.

Imágenes de portada: Marco Tulio Lamoyi

Diseño: Alejandro Ahumada

Coordinación editorial: Luis Alberto López Acopa

Impreso en Tabasco, México.

Índice

Editorial

11

Fiestas y tradiciones

Maromo, bullicio, ofrenda y rito

en Tamulté de las Sabanas

por Kristian Antonio Cerino

23

El desfile de carros alegóricos:

identidad y tradición

por Alicia Mateos

29

Oficios

Mujeres, tradición y sabor

por Beatriz Pérez Pereda

39

El arte de resistir:

tres comercios de Villahermosa

por Francisco Payró

51

Ritmo que quema.

Apuntes de una historia musical

por Raúl Armando Hernández Glory

61

Anhelo compartido

Villahermosa, palimpsesto vivo de la cultura

por Miguel Ángel Ruiz Magdónel

75

El paisaje urbano de Villahermosa

como construcción de ciudadanía

por Gisele Angulo Noriega



El Maromo, bullicio, ofrenda y rito en Tamulté de las Sabanas

Kristian Antonio Cerino

Marcel Jesús Zequera es el jinete elegido para abrirse camino en Tamulté de las Sabanas un viernes 3 de octubre de 2025. En la víspera de San Francisco de Asís, el caballerango —montado o metido en el cuerpo del caballo blanco— aprieta el paso entre mujeres que portan con orgullo el *pik* y entre hombres que hacen sonar cada flauta de carrizo y cada cuero de tambor.

Junto a un danzante enmascarado, armado con machete y abanico, el jinete no pierde la oportunidad de arrimarles el equino —y de cola original— a los tamultecos, un animal que ha simulado beber agua en casa de su amo José Roldán en la antesala de este viaje callejero que concluirá más allá del mediodía.

Con la mano izquierda, Zequera sostiene la rienda y con la derecha empuña un machete emulando una batalla épica y de antaño entre españoles e indígenas. Sin señal de lluvias, por aquello del esperado “cordón de San Francisco”, y con un sol desafiante, el montador aproxima el caballo —esta vez— a una madre y a su hijo, espectadores en los alrededores de una casa azul y de rejas maderables, que brincan de alegría ante el relincho imaginario del caballito blanco, un relinchido a coro entre los participantes que se dirigen a la iglesia católica, y así lo hacen porque el mamí-

fero está hecho de madera y de trapos, y solo cobra vida cuando un humano se mete en sus entrañas y le provee de existencia para continuar cabalgando por las lomas de estas tierras herederas de cultura y tradición.

—¡Muy bien, caballo!— grita Juan Torres Calcáneo cuando presta atención a sus primeros trotes. Este, el de Tamulté de las Sabanas —continúa— es un caballo guerrero y no un caballo festivo como el de Atasta.

“...una fiesta rescatada
en la década de los años
ochenta del siglo XX
por el maestro José Roldán
Guerrero García”

El elogio del maestro en danza folclórica es recibido con beneplácito por Marcel Jesús, balancense de 29 años y miembro de la Compañía Folclórica de Tabasco: —Siento una gran satisfacción —y asiente con la cabeza.

Mientras el caballo pauta el trote y abre la brecha con la mirada puesta en su destino, algunos ya han olvidado que a las diez de la mañana del mismo viernes, este aún permanecía atado a una viga para ser bajado después ante la vista de todos y para el comienzo de la gran celebración que solo aquí llaman El Maromo: una fiesta rescatada en la década de los años ochenta del siglo XX por el maestro José Roldán Guerrero García y que hoy goza de buena salud, como un potrillo retozante (imprescindible en la Danza del Caballito Blanco) que ya ha llegado al atrio del templo católico luego de una travesía entre



las calles de este pueblo chontal y justo cuando el sol está en la posición más vertical. Aquí, el calor solo cede en la medida en que celebrantes y danzantes reciben agua bendita esparcida por un clérigo, porque la otra bebida fermentada como remedio para saciar el calor y la sed, se servirá más tarde. Así transcurre el mediodía y aún resuena el eco de las acotaciones en torno al Maromo:

“...Y hoy no hablamos de rescate sino de preservación, porque hace años que El Maromo fue rescatado” —sentencia Torres Calcáneo, mientras contempla las últimas faenas del caballito que ha montado Marcel Jesús, el joven que resistió, quizá por un trabajo de gimnasio, a los kilos de este equino que pronto volverá a su sitio: a las alturas, atado al tejado de su amo, y a la espera del próximo descenso.

DOS

En la frontera entre septiembre y octubre los pobladores de Tamulté de las Sabanas dedican días al fortalecimiento de sus tradiciones. Además de la música autóctona, la defensa de la lengua yokot'an, la preservación del *pik* o vestuario original, así como de la importancia de la pintura como registro histórico, son sus ofrendas y danzas la base para comprender la noción de El Maromo.

En voz de José Roldán Guerrero García, El Maromo es un

ritual prehispánico y herencia de Kantepec, la deidad del agua, la siembra, el rayo y el viento; también es un acto que perdió su esencia a la llegada de los españoles. En resumen: Kantepec (o Kintepec) puso en manos de los pobladores granos de maíz para su siembra y para el ofrecimiento de la cosecha. A cambio de las semillas —en sus colores, amarillo, blanco y morado— los tamultecos debían venerarle y agradecerle por protegerlos desde su arribo como “hombre grande” o como “dios de la cosecha”. Las ofrendas o primicias se entregaban en un lugar conocido como El bosque entre música y danzas, mismas que comenzaron a prohibirse durante el periodo de la Conquista.

Ante el arribo de los hispanos y el anuncio de que ahora venerarían a San Francisco de Asís, la presencia de Kantepec se evaporó por siglos hasta que un día lo volvieron a evocar. Sin embargo, y en su momento, los españoles en desacuerdo con la forma de celebrar a la deidad prehispánica aceptaron finalmente que la celebración o fiesta pagana se fusionara con la perspectiva cristiana que, coincidentemente, se realizaba igualmente en octubre.

A decir de José Roldán —aunque en diccionarios españoles no hay referencias a que maromo signifique lo “festivo”— El Maromo es, sobre todo, “ofrenda o regalo”, pero en los años de la Conquista se tradujo como “bulla, escándalo o relajó”. Es decir, que la celebración o fiesta tamulteca es un rito de ofrecimiento para tributar las cosechas en el marco





de una gran bulla, un escándalo y un relajo entre lo pagano y lo religioso, entre el brinco y lo ceremonioso.

Aquí no se le llamaba maromo sino ofrenda o regalo, de maíz (matin ni ixim), pero los españoles al ver lo que se hacía (un rito entre danzas y vítores) lo llamaron Maromo, porque era un Maromo lo que los ancestros estaban haciendo.

En Tamulté de las Sabanas se celebran dos maromos: el cultural y el religioso. Año con año, Guerrero García asume la responsabilidad del cultural y la feligresía católica el o los maromos religiosos coordinados por sacerdotes y familias tamultecas.

Sobre los maromos religiosos estos se realizan para celebrar al Cristo del Buen Viaje, a la Virgen del Rosario y a San Francisco de Asís, patrono de la Villa habitada por unos siete mil chontales. En este orden y en días distintos, las imágenes de los santos peregrinan entre el templo franciscano y las familias celebrantes, un desplazamiento acompañado de cantos, tañidos de campanas y rezos, en español y en lengua originaria, y con la presencia de un recomenda-

dor y de un mariscal, figuras indispensables para realizar el ofrecimiento y demandar las nuevas necesidades del pueblo ante las imágenes católicas. En su conjunto, los tres maromos religiosos son recibidos un viernes 3 de octubre, previo a la recepción del maromo cultural, actos mediados por una celebración eucarística y por las danzas que se repiten —a manera de cierre— al bajar las escalinatas del templo.

Actualmente se ofrenda a San Francisco de Asís para agradecer un favor o milagro recibido del santo —precisa Camila García Gerónimo—. La familia se encomienda a él y, cuando se logra el objetivo, se realiza El Maromo, un ritual muy familiar e íntimo.

Para la estudiante universitaria, El Maromo comienza con un año de anticipación: porque las familias crían pollos, cerdos y becerros, animales exclusivos para ofrecerlos durante los días de fiesta: “y si la familia posee terrenos, cosechan maíz, y este también se pone en el altar, junto con los alimentos de la región. Una vez realizado el altar, las familias se reúnen y hay un intercesor que pide por ellos, por sus hijos. Al finalizar, se baila la Danza del Caballito







“El Maromo
comienza con un año
de anticipación:
porque las familias crían pollos, cerdos
y becerros, animales exclusivos para
ofrecerlos durante los días de fiesta”





Blanco con música de viento y otros beben guarapo, la bebida tradicional de Tamulté”.

En síntesis: los tamultecos así viven sus diferentes maromos y así le soplan con el abanico de palma —al ritual— para darle más vida a esta tradición que sigue contagiando a muchos en los límites entre septiembre y octubre de cada año.

TRES

La casa de José Roldán es un polvorín días antes de El Maromo cultural. Entre distintos voluntarios, preparan tamales usando los mismos colores de maíz que les obsequió Kantepec; así como un exclusivo dulce de cacao; destilan caña para elaborar guarapo y embellecen el altar principal en el que habrán de poner las ofrendas.

“El sabor de los tamales es diferente al resto de los tamales tabasqueños, aquí se hace un poco agrio”, precisa Gamaliel García, profesor de Biología y promotor cultural.

Esta vez, se preparan mil 450 tamales para atender a tamultecos y a un sinfín de tabasqueños que llegarán procedentes de todos los municipios; paisanos que se sumarán, vestidos de blanco, a esta tradición imparable.

Tres días antes de que la vivienda de José Roldán esté a reventar y estalle de algarabía, las familias han enviado arroz y otras semillas, pero también





hojas para envolver tamales, platos desechables y otras provisiones. El gasto por realizar El Maromo, que es alto, solo se compensa con la satisfacción de haber preservado la tradición, y con las bendiciones que habrán de recibir durante el siguiente año. Tanto en la víspera como en el día cero de El Maromo cultural, el teléfono de Guerrero García enloquece con un tono de rugidos y sonidos selváticos: da instrucciones, atiende a reporteros, confirma la asistencia de invitados, y va probando los alimentos, sobre todo, la consistencia del guarapo.

El viernes 3 de octubre, desde temprano, el altar está repleto de ofrendas que han sido depositadas en canastos de bejuco. De cerca todos ven las cantidades de naranja, de caña, de tamales, de maíz, de totoposte y de dos jarros

repletos de guarapo, mismos que están por repartirse entre artistas y amantes de la cultura.

Los participantes escuchan la explicación sobre qué es El Maromo, ven cómo Mario García purifica —en yokot'an— el altar a las 9:55 de la mañana. Además, se alegran por el descenso del caballito blanco, disfrutan de la primera danza a cargo de José Roldán, de las otras danzas (La Pava y La Paloma), del duelo de bombas, del chorote que se sirve frío, y de la inminente salida, a las calles, de Marcel Jesús Zequera, jinete oficial del Maromo cultural. Tras él, hombres y mujeres cargan los canastos que llevarán a la iglesia en medio de este bullicio que volverá a repetirse hasta el año entrante. En el cielo estalla un “cuete” y la fiesta se siente. ●





El desfile de carros alegóricos: identidad y tradición

Alicia Mateos

En medio del calor vibrante del mes de abril, año con año Villahermosa concentra su espíritu festivo con el tradicional desfile de carros alegóricos, un espectáculo que ha trascendido a través de los años para convertirse en símbolo vivo de identidad y alegría colectiva.

Se trata de una modalidad alterna del carnaval que no requiere máscaras. A ambas prácticas las une su ambiente festivo, pero sin la implicación de la simbología de la carne y el contexto religioso en el que se fundamentan las fiestas carnestolendas. El desfile de carros alegóricos es una fiesta que ensalza la identidad del tabasqueño a su máxima expresión y que busca fortalecerla a través del tiempo.

La década de los 70 marcó el inicio de una de las celebraciones más importantes de la entidad, cuya finalidad era la de enaltecer la belleza de las 17 embajadoras a través de novedosos carros que presentaban la alegoría principal de su demarcación de origen.

En un principio, cuando la ciudad aún contaba con una infraestructura limitada, algunas calles y avenidas

comenzaron a transformarse en el circuito del desfile. No pasó mucho tiempo antes de que el gusto y el interés de los espectadores se volcaran hacia las ingeniosas alegorías de los artistas locales. La celebración fue evolucionando a la par de la ciudad y de su dinámica social.

En la festividad alegórica no hay distinción de jerarquías sociales, ni apellidos, oficios, religiones, partidos políticos o equipos de fútbol. Son los ciudadanos quienes conviven al unísono de la euforia, de la música y del sentido de pertenencia a una sociedad que habita en el trópico húmedo de Pellicer.

Los espectadores toman la avenida Gregorio Méndez Magaña —una de las más importantes de la capital tabasqueña— y la convierten en su palco, su butaca principal, para disfrutar del espectáculo multicolor. En pocas palabras: los villahermosinos y visitantes de los municipios hacen suyo el desfile de principio a fin.

Por lo tanto, podemos decir que el desfile se ha convertido en patrimonio del pueblo tabasqueño, una repre-

sentación de sus prácticas sociales de esparcimiento, de convivencia con la comunidad, del disfrute íntimo con los amigos y la familia.

El escritor ruso Mijaíl Bajtin mencionaba que “la risa forma parte de la cultura popular” y es aquí, en el desfile, donde predomina la genuina carcajada y el aplauso estruendoso como simple acto de democratizar la alegría sin cortapisas.

Y es que todos dejan en el tintero las ocupaciones más básicas: la comida familiar, el cumpleaños del fin de semana, el estreno cinematográfico de la temporada, la misa por las tardes, los platos sin lavar, la tarea sin terminar. Todo es válido cuando se trata de esa creatividad artesanal sobre ruedas. Octavio Paz en su ensayo «Todos los santos, Día de muertos», advertía sobre la esencia festiva del mexicano: “Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos”.

Qué mejor premisa para identificar el carácter

festivo del tabasqueño, quien ha elegido al desfile de carros alegóricos como su plataforma para recapitular su historia, exaltar sus raíces y renovar, año con año, el lazo que lo une con su tierra y su gente.

Es por eso que es muy común ver a centenares de familias con las emociones desbordadas, unidos en torno al festejo que provocan los tambores chontales, la música tradicional, las ovaciones, el regocijo que provee la festividad misma.

En el mero acto de la contemplación, surge la transformación del espectador frente al desfile, quien rompe con los protocolos de la exigente cotidianidad para entregarse al pleno goce de la celebración, reforzando —desde su individualidad— el sentido de pertenencia social y cultural que requiere todo ser humano.

El discurso del edén

La narrativa de los carros alegóricos está estructurada por símbolos e imágenes que provienen de la naturaleza. La fauna y la flora se convierten en el común denominador del tono discursivo que es engalanado a su vez por la belleza de las embajadoras de los 17 municipios.

Los artesanos tienen la encomienda de construir el discurso de la identidad cultural tabasqueña a través de las alegorías que recrean ejemplares nativos de nuestra biodiversidad, muchos de ellos en peligro de extinción. Son estampas sintéticas de las comunidades rurales, de las cocinas ancestrales, el sincretismo implícito en las fiestas patro-

nales, la actividad pesquera, la producción de cacao.

Es el reconocimiento a nuestro pasado, olmeca y maya; a nuestras raíces lingüísticas, al mestizaje predominante, a la tercera raíz afrodescendiente de la costa tabasqueña, a nuestra esencia indígena-campesino que prevalecen en nuestro acontecer contemporáneo.

¡Qué mayor orgullo para un tabasqueño que contemplar la creatividad

y técnica de sus artesanos! Los artistas transforman materiales de la región en majestuosas estructuras con movimientos que deslumbran en su paso por los ríos de gente. Pero más allá del arte visual, este desfile es también una invitación al descubrimiento identitario por parte de las nuevas generaciones. Por consiguiente, se convierte en un acto de transmisión cultural.

Los acordes de la algarabía

Los tamborileros. No puede entenderse el desfile de carros alegóricos sin su presencia musical. Sus ritmos evocan, como un eco profundo, los rituales ancestrales de los pueblos originarios. En cada ejecución musical se teje un puente entre el pasado y el presente, una conexión viva que los músicos preservan con cada nota que brota de las flau-





tas de carrizo y con cada golpe de tambor. Así, las melodías no solo resuenan en el aire, sino en el alma de quienes la escuchan y la sienten parte de sí.

En las más recientes ediciones se han integrado exponentes artísticos que le dan un sentido más jocoso y alegre al evento: Chemaney, Karmito Junior y otros músicos afines, llenan de algarabía las abarrotadas calles para luego convertirlas en enormes pistas de baile en el ocaso. Pasos, movimientos de cadera, el cuerpo liberándose de preocupaciones del mañana. Se desencadena la alegría masiva. El regocijo en su máximo esplendor.

La alegoría como resistencia cultural

El desfile de carros alegóricos de Tabasco es mucho más que un evento folclórico: es una afirmación cultural, una forma

de resistencia simbólica y una herramienta de cohesión comunitaria.

Cada carro alegórico es una obra de arte colectiva que encierra meses de trabajo comunitario, conocimientos artesanales y decisiones discursivas que buscan representar la identidad, la personalidad de un pueblo. Este arte popular en movimiento cumple una función de resistencia cultural: en un mundo que tiende a la homogeneización, el desfile se convierte en un espacio donde lo particular —lo tabasqueño— se afirma con orgullo.

Preservar y valorar estas expresiones no es una imposición política y mucho menos social, sino un acto cultural necesario para seguir siendo, en medio de los cambios globales, lo que profundamente somos: comunidades con historia, creatividad y orgullo de sus raíces. ●

“Qué mejor premisa para identificar el carácter festivo del tabasqueño,
quien ha elegido al desfile
de carros alegóricos como su
plataforma para recapitular
su historia,
exaltar sus raíces
y renovar, año con año,
el lazo que lo une
con su tierra y su gente”





Pozoleras de Villahermosa: madres cuidadoras *de una* tradicción *de* sabor

Beatriz Pérez Pereda

Son las once de la mañana y ya estamos a 34° C de temperatura. Sobre los hombros los tirantes del vestido me queman y siento cómo el sudor y la sal van dejando marcas en la piel; a pesar de haber bebido agua hace poco —menos de media hora— siento la boca pastosa y me apresuro para encontrar cobijo entre las muy concurridas calles del centro de Villahermosa. Obnubilada por el sol brillante del trópico en verano, entro a la sombra opaca del Mercado Público “José Ma. Pino Suárez” y tardo unos segundos en adaptarme a la nueva luz, pero antes de que los ojos se acostum-

bren a la sombra bulliciosa, mis otros sentidos se adelantan y respiro un olor dulzón a fruta y también un olor ahumado de semillas tostadas. Mi oído capta el sonido de un molino eléctrico entre una avalancha de frases que se pueden resumir en una sola; “qué va a llevar”.

En esta esquina del mercado, cerca de las escaleras que dan a la Calle Constitución, destaca un grupo de señoras que preparan y venden pozol. Son las pozoleras. Todas ellas se afanan por sacar la venta del día y rezan para que hoy el pozol no se eche a perder temprano; rezan para que los

clientes que caminan por el mercado no estén preocupados por las calorías y compran un kilo de pozol, quizá un vaso de pozol preparado a su gusto, y se lleven un dulce de leche, dulce oreja de mico o de nance, que todavía está de temporada.

En estas fechas, mediados de agosto, en la recta final de un verano cada vez más caluroso en la Esmeralda del Sureste —justo antes que los chicos vuelvan a clases y las lluvias comiencen a hacernos voltear a ver la margen izquierda del río Grijalva—, es cuando las ventas están más bajas, comentan todas ellas al unísono. Esta es una mala temporada para la venta de pozol: por un lado los padres están gastando mucho en los útiles escolares, uniformes, inscripciones o están cuidando los pesos sobrantes luego de las merecidas vacaciones. Sin embargo la situación no hace mella en el trabajo diario. La rutina continúa, una rutina que para algunas acumula treinta años de jornadas diarias que empiezan en la madrugada y terminan bien entrada la noche.

Hacer pozol en Tabasco: una tradición de madres a hijas

Lilia Perera Cruz es una de esas mujeres que vive del maíz y el cacao. Lleva treinta años vendiendo pozol y dulce en el mercado “Pino Suárez”, su madre le enseñó cómo hacer el pozol desde muy niña. “Vivíamos en el campo con mi papá, con nuestro papá y mamá, allá cocíamos maíz diario que mi papá llevaba al trabajo, ya luego nos venimos de la rancharía El Ejido y empezamos a vender acá en el mercado”, me cuenta rememorando sus orígenes sin dejar de sonreír, y luego enfatiza que su madre lleva más años como vendedora: “—ella— trabajó cinco años antes que yo, es la primera, ya tiene 35 años aquí”. Hace más de tres décadas esta familia ya conocía los secretos del pozol pero no tenían perfeccionadas las técnicas de la hechura de dulces tradicionales,

complemento obligatorio para ofrecer a sus clientes y para estar a la altura de la competencia. “El dulce lo aprendimos a hacer también acá, porque echando a perder aprendimos, de poquito a poquito hasta que aprendimos bien y gracias a Dios aquí estamos”, este día tiene a la venta dulce de oreja de mico, de papaya, de nance, de coco y de leche. Al ver la apetitosa oferta le pregunto cuál es su favorito y me responde que todos: “porque todos los hago yo”, aunque después de treinta años admite que hay temporadas en que no los come porque la empalagan. Afirma que el más difícil de

preparar es el de cocoyol porque es muy laborioso pues hay que martillarlo nueve veces y con mucha paciencia sacarle la cáscara. “Y luego de machacarlo bien machacado hay que sancocharlo, sacarlo con una cucharita uno por uno, darle igual una enjuagadita y hacerle la miel. El trabajo más grande del cocoyol es machacarlo y sacarle la cascarita”.

El proceso, la técnica del cocimiento del maíz y el tostado del cacao, para calcular las porciones y amasar correctamente hasta dar con la textura deseada para preparar el pozol, es una suerte de herencia familiar que doña Lilia siguió perfeccionando para adaptarlo a las modas y gustos de la clientela. Además del pozol blanco y con cacao que conforman la oferta tradicional, desde hace un tiempo se acostumbra la variante del pozol con cacahuete. El pozol se vende en “bola” pero también se ofrece preparado, en vaso listo para beber: espumoso y con mucho hielo; en esto también hay otras combinaciones pues hay quienes lo prefieren endulzado con azúcar o combinado con leche u horchata.

Un oficio con herencia ancestral

Nada sobre el pozol es sencillo. Detrás del vaso de unicel donde sirven la bebida preparada hay muchas horas de tra-





bajo; un oficio —ejercido en su mayoría por mujeres— heredado por la cultura maya chontal donde las mujeres con su sabiduría y paciencia cocían el maíz con fuego de leña, tostaban el cacao en el comal, molían los dos ingredientes en sus piedras de moler, y luego mezclaban con ritmo hasta obtener una masa aromática de color café claro.

El pozol es un arte que impone una rutina a prueba de cansancio. Testimonio de esto es Doña Lilia quien se levanta desde muy temprano y se duerme tarde. “Me levanto a las 3:20 de la madrugada a lavar y moler mi maíz, a embolsar el dulce para traerlo al mercado. De aquí del puesto me voy a la una. Regreso a preparar mis dulces de papaya chica, papaya grande, de nance; de lo que haya: si es de toronja, de toronja; si es de cocoyol, de cocoyol. Me acuesto a las 10 de la noche y me levanto a las 3:20”.

Asintiendo lentamente y echando un suspiro hondo seguido de una sonrisa, me responde: “Sí, la verdad que sí”, cuando le pregunto si es un trabajo pesado. Continúa con una tradición que ella aprendió de su mamá: enseñar a sus tres hijas. La mayor es la más apegada a ella —y la que más ayuda— junto con la pequeña. “La de en medio no, casi no le gusta, tiene otras metas”, dice con una mezcla de mamá orgullosa y respetuosa de las decisiones de sus hijas pero también con cierto aire de nostalgia. En una visita posterior conozco a su hija mayor, Deisy Beatriz, quien me confirma la historia al contarme la suya con más de quince años vendiendo pozol. “Mi mamá me mandaba aquí al mercado a ayudar a mi abuelita mientras que ella se quedaba haciendo dulce, cuando ella no puede venir yo vengo y así nos turnamos una con otra, pues”.

El pozol, una tradición que se resiste a desaparecer

Gabriela tiene 38 años y dos hijos: una niña y un niño. Es

la primera vez que trabaja vendiendo pozol en la Colonia José Ma. Pino Suárez —popularmente conocida como Tierra Colorada— sin embargo los asuntos del pozol no son desconocidos para ella. “Ayudaba a mi mamá en el rancho, ella tiene su ranchito, allí ella siembra, muele. Y allá aprendí yo a amasar. La veía y un día le dije: Mamá yo te ayudo, y fue ahí donde yo aprendí. Aquí es mi primer trabajo en una pozolería”.

Los saberes y formas de trabajar el maíz y el cacao se resisten a desaparecer, la introducción de molinos manua-

les y eléctricos en el proceso ha facilitado la labor de las pozoleras, sin embargo mucho del quehacer sigue siendo artesanal y se logra sólo con la práctica y los consejos transmitidos de madres a hijas. “No es difícil hacerlo”, sostiene Gabriela, “es nada más saber la técnica, por ejemplo: un pozol no puede llevar tanta agua, porque pues es más agua que masa; hay que irle midiendo, que no esté muy aguadita la masa del pozol”.

En Tabasco y otros estados del sureste mexicano es una actividad ejercida predominantemente por mujeres, ellas se han erigido en cuidadoras de la tra-

dición y en ser las encargadas de llevar la bebida ancestral de los chontales a las nuevas generaciones. Gabriela lo tiene claro cuando me dice que sí, que sí le va a enseñar a sus hijos a hacer pozol, pero también es consciente de que “ahora los niños vienen ya con mucha tecnología, está muy difícil, pero yo sigo enseñándole a ellos nuestras raíces y todo eso sí lo aprenden”.

El carisma de las mujeres, es otro de los ingredientes

No sólo la técnica y el oficio perpetuado de generación en generación son la base de este trabajo, también el carisma es fundamental. El trato amable con los clientes hace que el negocio prospere y convierte a algunas pozoleras en ce-





lebridades locales. La calidad, el sabor y el buen trato es lo que hace que los consumidores busquen a una pozolera en particular, por lo menos para Doña Carmita es así. Tiene 58 años de edad y treinta vendiendo pozol. Ella ama hacer pozol, es una verdadera entusiasta: “nada es feo de este oficio, de un trabajo nada es feo, de un trabajo cuando te gusta estás ahí constantemente, ahora cuando no te gusta lo tiras, a mí me gusta mi trabajo, con la gente que viene, me preguntan, a mí me encanta mi trabajo”.

Su puesto está ubicado a un costado del Parque Central de Tierra Colorada. Cuando inició era la única que vendía pozol en la zona, ahora tiene más competencia, pero la mayoría de la gente la sigue prefiriendo, “es como popular uno, porque uno vive de la gente, y lo más bonito es que te buscan a ti por tu producto”.

Su clientela fija, el público que le compra y celebra el sabor de su pozol la motiva y hace que el cansancio se lleve mejor, más ligero. “Yo descanso cuando llueve, cuando mi Dios manda el agua pues ya, pero a mí me fascina mi trabajo desde chamaca”, asegura esta mujer que prefiere trabajar fuera de casa que estar adentro sin hacer nada.

El pozol es la bebida del Sureste

Hay cierta rivalidad entre Tabasco y Chiapas sobre el origen del pozol, incluso en el estado vecino hay un día destinado para celebrar esta bebida: el 18 de marzo. Pero más allá de las controversias sobre su origen esta bebida tiene presencia en todos los estados del sur del país con sus variantes particulares en los ingredientes: cacao, pataste, corozo, cacahuete, aunque todo apunta a que su cuna sí es Tabasco, donde es más popular y tiene más consumidores.

La palabra “pozol” deriva de los vocablos náhuatl *pozoni* y *atl* que en conjunto hacen referencia a una bebida espesa y espumosa, y es la que ha llegado hasta nosotros como un

ejemplo del proceso unificador del nombre de un alimento frecuente entre viajeros de diferentes procedencias. En las culturas y lenguas de la región tuvo otros nombres: en zoque era *matze*, para los mayas de Yucatán era *kèyem*, en lengua *yokot'an* nuestros chontales lo llamaban *buk'a* y cuando le agregaban cacao recibía el nombre de *hach'im*. De estas raíces chontales viene el término *chorote* para denominar el pozol con cacao, una expresión popular que todavía utilizamos.

Quizá como una reminiscencia de los peregrinos de an-

taño, doña Carmita sostiene que parte de su clientela recurrente es gente de fuera. “Tengo clientes que vienen de lejos a comprarme: hace poco unas personas se llevaron cuatro kilos porque iban a la Ciudad de México, y tengo otros clientes que igual vienen de Oaxaca y se llevan hasta seis kilos”, y presume que incluso políticos de alto perfil mandan a comprar su kilo de pozol con ella.

El pozol, bebida apreciada por los viajeros desde tiempos precolombinos

En la época prehispánica y posterior a la conquista la experiencia de Doña Carmita no sería inusual, otra de las definiciones del pozol es que fue una bebida para los viajeros. Su naturaleza bondadosa: que lo hace apreciable fresco o fermentado, que hidrata y quita el hambre, que puede transportarse fácilmente en forma de bola envuelta en hojas de plátano, hizo que los viajeros que recorrían a pie Mesoamérica lo eligieran como el compañero ideal para soportar travesías maratónicas donde el alimento escaseaba y las condiciones climáticas eran duras.

Fue esta peculiaridad, ser una bebida para caminantes y multicultural, lo que hizo que sus distintos nombres se unificaran bajo la lengua predominante y que todos podían reconocer. Los viajeros modernos, los turistas mexicanos del centro del país no han perdido la costumbre de tomar pozol aunque ahora sea más placentera la bebida por el hie-



lo. La mayoría de las veces lo consumen sólo para hidratarse y pasar el calor, y no para aguantar extenuantes jornadas. Por otro lado, en la actualidad es más práctico beberlo en bolsas o vasos de unicel acompañado de un dulce tradicional.

Preparar y vender pozol es una tradición y memoria familiar

¿Por qué seguir haciendo pozol en el siglo XXI? La respuesta es una sola que se repite en todos los casos: por tradición familiar, Carmita, Lilia, Gabriela, Lorena, Guadalupe, Deisy, Ada, a todas ellas fueron sus madres quienes les enseñaron a cocer y moler el maíz, a tostar el cacao. Elegir este oficio, eso se puede entrever en sus respuestas, no se reduce al ámbito económico, a lo redituable o no que sea la venta, se sustenta en los recuerdos de la infancia, al tiempo pasado en el campo doblando maíz, a los consejos de la abuela para usar las proporciones adecuadas que resultan en la satisfacción de un buen pozol.

Para Gabriela es una fotografía familiar, sus memorias, algo que sabe desde siempre, con esa sabiduría propia de las personas que crecen cercanas al campo. “Algo bonito es cuando íbamos a sacar el maíz y cuando aprendí, doblamos el maíz, cuando el maíz ya está listo para doblarlo, porque el maíz se dobla, se va sacando, tiene un proceso el sacar el maíz, no es nada más de ir a cortar por cortar porque sí, a mí siempre me ha gustado. Yo crecí en un rancho, en una ranchería, entonces pues traigo eso, para mí es algo bonito, desde niña lo sé”.

Y también se nota cuando con orgullo dicen que sí, que así como sus madres les enseñaron a ellas a elaborar ese patrimonio del sabor, ahora les toca enseñar a sus hijas e hijos los secretos del pozol. Elaborar el pozol es otra forma de seguir siendo familia, como bien lo ilustra el caso de Guadalupe y Lorena Frías que son madre e hija. Ambas atienden la pozolería Doña esa —una de las pequeñas empresas familiares más famosas de toda Villahermosa—, comparten la rutina del negocio desde hace treinta años a la que ahora se ha sumado también la nuera. Con orgullo recuerdan sus inicios y cómo se han superado: “Empezamos en una mesita de madera cociendo maíz en el fogón, lo molemos en nuestra casa, antes con el molino de mano, ahora ya es con el molino eléctrico... a las cuatro de la mañana ya empezamos a lavar el maíz, el cacao lo dejamos molido de un día para otro para no atrasarnos y ya empezamos a moler, a amasar el cacao, el cacahuete, la masa blanca para las empanadas, los tamales y ya venimos aquí, y ese es el proceso de nuestra venta al día, nos vamos hasta las seis de la tarde, es todo el día”.

“

El trabajo empieza con la selección de los mejores productores y precios, luego la preparación del maíz y del cacao, sigue el molido; también hay que comprar la fruta de temporada para los dulces, preparar todo y después trasladarse al mercado

”

Tras la venta de pozol se ocultan largas jornadas de trabajo

Pero no todo es el orgullo de preservar una tradición o de ser un personaje popular entre los villahermosinos, detrás de cada vaso espumeante de pozol hay mucho trabajo, muchas veces invisibilizado, que no se compensa del todo con los precios del producto. Todas las pozoleras empiezan su jornada desde la madrugada y la terminan en la noche, cuando incluso dejan avanzada alguna parte de los pendientes para ganarle tiempo a la mañana. El trabajo empieza con la selección de los mejores productores y precios, luego la preparación del maíz y del cacao, sigue el molido; también hay que comprar la fruta de temporada para los dulces, preparar todo y después trasladarse al mercado, al parque, al local donde se pone a la venta; atender los gustos de cada cliente para que se vaya contento y regrese pronto. A ese enorme esfuerzo se suman las preocupaciones propias de la venta, supervisando que el pozol del día no se eche a perder y el dulce no se vaya quedando rezagado. Cada día termina con la última venta y desde momento ya se está pensando en la jornada del día siguiente. Sin dejar de lado las labores del hogar, los hijos, el marido. Doña Lilia, con todos sus años de experiencia, sin dudar me dice que lo más difícil es: “cuando está baja la venta, es muy cansado porque uno no vende nada; te preocupa que el pozol se pueda echar a perder temprano y el dulce cuando no sale pues, también. Para estas fechas realmente nos ha ido muy mal con las ventas: bajas, bajas... Cuando no hay venta pierde uno mucho pozol y tiene que empeñarse para invertir, el dulce hay que volverlo a calentar y todo eso. Ahora, cuando hay venta es bonito porque todo se vende, sacas la mercancía”.

En el pozol hay familia, clientes, tradición y futuro

Para las pozoleras la familia y los clientes son el baluarte. “Tengo clientes de años, son por los que estamos aguantado la verdad, los que nos tienen aquí parada, si no tuviéramos clientes fijos no hiciéramos nada”, enfatiza Lilia con una sonrisa de satisfacción y fortaleza ante los tiempos duros. Ada, de 49 años, comparte su felicidad cuando las ventas sobrepasan sus expectativas: “lo bonito es que

nos motive la gente que viene muy amable, la alegría de los clientes que se van contentos, que los atiendes bien”. Y recuerda con orgullo uno de los mejores días, las ventas del 2 de noviembre de cada año, Día de Muertos, porque en Tabasco se acostumbra a poner en la ofrenda de los altares un poco de pozol para agasajar la memoria de quienes ya no están con nosotros físicamente. “Cuando tenemos ventas es bien emocionante, ese día tuvimos que hablar a mis hermanas, -oye, échame la mano porque hay suficiente venta-, que es para el 2 de noviembre, son los días más hermosos que te emocionan prácticamente, no como ahorita que no hay nada”.

En cualquier publicación especializada se repite que el pozol sirve para hidratar pero también para saciar el hambre, no sólo ayuda contra la deshidratación que los grandes calores pueden ocasionar sino que sacia el apetito, llena el estómago. La definición o cualidades del pozol también puedan aplicarse al trabajo que realizan las pozoleras, porque la preparación y venta de este producto es el sustento de muchas familias; con este oficio tradicional, señoras sostienen sus hogares y alimentan las necesidades de sus hijos. El pozol como alimento para el cuerpo sí, pero también el pozol como pilar de la economía familiar de muchas mujeres tabasqueñas. El pozol como un símbolo del pasado alimentando las bocas del futuro.

¡Venga, y compre su pozol!

—¿Algo más que quiera agregar, Señora Lilia?— Pregunto para terminar la charla que, si bien se lleva a cabo en el horario que ella y sus compañeras me señalaron como el más conveniente, la verdad es que no han parado desde que llegué con mis preguntas. Van de un lugar a otro, no sueltan el trapo en sus manos limpiando aquí, espantando a las moscas allá, así que no quiero retrasar más el cierre de sus negocios. Lilia se adelanta y no duda, el último mensaje es una invitación: “que vengan aquí al mercado, que no se olviden del mercado Pino Suárez, a comprar su pozol y su dulce, aquí estamos esperándolos todos los días desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde”. ●



el arte *de.* resistir

tres comercios de Villahermosa

Francisco Payró

Toda clase de cosas innombrables

Me gusta caminar por el centro de Villahermosa. Ahora sé que es probable que eso se deba en parte a que he llegado a apreciar más el pasado de la ciudad —cargado de memoria, de nombres gigantescos como monumentos y de un paisaje humano que supo abrirse paso entre la adversidad de los años previos y posteriores a la Revolución Mexicana— que el mismo presente en el que la gozo y la padezco. Apuesto que mi predilección por ese “gran rancho” que era la otrora San Juan Bautista, hace siete u ocho décadas, mucho tiene que ver con una añoranza aprendida de quienes caminaron por sus calles sin asfalto o adoquines, por su Plaza de Armas abierta al deleite vespertino o por algunos de sus parques (entonces no afeados por una posterior ola de remodelaciones).

Supongo que mi fascinación con la vieja Villahermosa ha sido alimentada por los testimonios que de ella ha querido dejar una cauda de historiadores, escritores y periodistas; por las fotografías de principios del siglo XX

que de sus bellos edificios —casi todos desaparecidos— y paisajes se conservan y por ese imaginario que nos hace creer que en el pasado la vida en el terruño donde nacieron Pellicer, Gorostiza, Galguera Noverola e Iduarte tuvo que haber sido por fuerza buena. Hoy, hasta la Inteligencia Artificial nos ha llevado en volandas a remontar, sobre los hombros de la revolución tecnológica que significa, la corriente indetenible del tiempo. Soñamos con hacer de cuenta que el viaje a través de él es posible y que se pueden contemplar aún en el río Grijalva los barcos que lo surcaban para atracar en el muelle, las cargas en sus orillas del plátano roatán, aquel “oro verde” con destino a Frontera (Puerto y Ciudad de Centla, desde donde se exportaba en grandes cantidades hacia Nueva Orleans) o los vapores que zarpan con pasajeros llevando sus esperanzas por delante y con rumbo a Frontera, a Tenosique, a Balancán, a Jonuta o a Ciudad del Carmen.

Hemos llegado a romantizar las inundaciones por las que el río invadía las calles de lo que ahora es el Centro Histórico de la ciudad, precisamente porque la inundación



de 2007 nada tuvo de romántico y porque parece que los villahermosinos de antaño convivían con las aguas desbordadas del río Grijalva, en lugar de tapiarlas con un muro inútil y horrendo. Camino por las calles del centro de Villahermosa y me encuentro con la vida que late a través de sus negocios, testigos irrecusables del paso del tiempo. No muchos sobreviven a la durísima prueba de sus primeros años y los que lo consiguen se hacen parte del paisaje como antes lo fue el comercio boyante de productos y frutos tropicales en las orillas del río. El poeta Ramón Bolívar consiguió ese pródigo intercambio en su libro Nada es tumulto (o cartas de navegación desde las tierras bajas):

En medio del paisaje urbano que ha suplido para siempre —desde el malecón hasta las calles céntricas— a un ir y venir de rostros, de pequeños cayucos, de frutos de tierra y de agua, hay hombres y mujeres que en Villahermosa se afanan en esas “cosas innombrables” de las que escribió el poeta, nacido en la Colonia Atasta y frecuentador incorregible de ciertos parajes del centro de la ciudad. Porque un oficio, una profesión o un negocio pueden llegar a ser mucho más que un modo de ganarse la vida: a veces, en esta “Esmeralda del Sureste” que ha visto aparecer y desaparecer toda clase de oficios y comercios, dotan de sentido al presente por el pasado que los sostiene.

El cariño es lo que nos mantiene de pie después de 76 años

Converso en su casa de la Avenida Coronel Gregorio Méndez, la arteria urbana más extensa de Villahermosa, con el doctor Francisco José Hernández Giorgana. El doctor me recibe amablemente, luego de mi solicitud de conversar con él acerca de Casa

Hernández. La tienda, cuyo eslogan es “La experiencia a su servicio”, funcionó desde 1949 hasta hace pocos meses en la calle Reforma del Centro Histórico. Allí, en el número 412, se especializó durante más de tres décadas en la venta de vestidos de boda y quince años, ropones, vestiditos, trajes de primera comunión, trajes para bautizos, cojines, arras, lazos, ramos, tocados, velas, coronas y rosarios. Hoy, a raíz de la dificultad para seguirla sosteniendo y atendiendo en su ubicación original, el doctor Hernández Giorgana decidió trasladar la tienda a su casa. Allí, él y parte de su familia la atienden ahora. Pero no todo fue siempre venta de artículos para bodas, quince años o bautismos, me cuenta el doctor Hernández Giorgana. “Mi papá empezó arreglando

radios, y después quiso vender licuadoras, lavadoras, ventiladores y muchas cositas más, hasta bicicletas Humber, una que era importada de Inglaterra y pesaba tanto que le llamaban ‘el caballo de acero’”.

El doctor recuerda que la tienda de su padre llegó a estar tan surtida de tantos y tan variados productos, que se volvió un referente en la ciudad. “Allí se podían encontrar desde pinturas hasta un alfiler de cabecita”. El doctor Hernández Giorgana, médico egresado de la UNAM y especia-

lizado en cirugía de colon, me habla de la ciudad que era la Villahermosa de 1939. En ese año su padre, el señor José Rafael Hernández Jiménez, inició su pequeño negocio familiar y él era un niño. “La ciudad terminaba aquí atrás, en la otra cuadra, no muy lejos de donde está la Calle Juan Álvarez, y en Madero; más allá había ganado bravo”. En su niñez, quien hoy es también un reconocido actor y maestro de teatro, además de dramaturgo, pudo ver en el río Grijalva a muchos de los barcos que atracaban en sus orillas para cargar

plátano. En el río, él pudo llegar a pescar y contemplar el playón que se extendía del otro lado. Recuerda: “más allá de la iglesia de La Conchita, todo era prácticamente campo”.

La memoria del doctor le permite hablar igualmente de la primera alberca que hubo en Villahermosa, y del primer autobús que alrededor de 1956 comenzó a viajar a la Ciudad de México en un trayecto de más o menos dieciocho horas. Aunque fue enviado por su padre a estudiar en la capital del país desde que estaba por terminar la escuela primaria (y no volvería a Tabasco sino cuando tuvo veintitrés años), tiene muy viva la imagen de sus padres trabajando afanosos día y noche en la tienda que los ocupó hasta prácticamente el final de sus vidas. “El cariño es lo que me



hace mantener viva a esta tienda que ya no es el negocio que era antes, pero en la que me entretengo: yo sigo hablando con mi papá cada que limpio esta vitrina que él construyó hace muchos años con sus propias manos”.

De su madre, la señora Reyna Giorgana —señala agradecido— aprendió a hacer lazos, tocados y ramos; de ella aprendió también a bordar, a tejer, a coser (lo que le sirvió a la postre en su trabajo como cirujano). Apunta que sus padres no fueron personas con muchos estudios, pero leían y eran capaces de sostener entre ellos conversaciones preciosas, cargadas de anécdotas. Nunca, ni aun cuando ejercía como cirujano dejó de atender cuando podía la tienda de sus padres, señala orgulloso el autor del libro de relatos “Escalofriantes” y de más de doscientas cincuenta obras de teatro-café como “Buenas noches”, “Elisa...una mujer positiva” y Pesadilla. Aunque en honor a la verdad —explica— en realidad fue su hermana mayor, Gloria Esther, la que dedicó prácticamente toda su vida a trabajar de tiempo completo junto a sus padres. Al fallecer éstos, ella tomó las riendas del negocio. “Mi hermana sólo dejó de trabajar en la tienda, debi-

do a que apareció la pandemia; tenía entonces alrededor de ochenta años”.

Todo ello explica el amor que el doctor Hernández Giorgana le profesa al viejo comercio familiar, que antes de especializarse en bodas, quince años, bautizos y primeras comuniones fue también durante años una tienda de artículos para hacer manualidades. Y mucho antes, en ella llegaron a repararse rocolas y a venderse aquellos viejos discos de pasta: artistas como Dora María, Amparo Montes y César Costa acudieron a la tienda —apunta el doctor— para promocionar alguno de los suyos.

Cuando se aproximaba la temporada navideña, incluso se vendían juguetes. Casa Hernández sobrevive en su nueva ubicación de la avenida Méndez, porque de mantener vivo el legado amoroso y admirable de sus padres se trata. En ella coexisten de algún modo tres generaciones y por ella han desfilado centenares de clientes provenientes de todos los estratos sociales. Tan orgulloso está el doctor Hernández Giorgana de la entrañable tienda familiar y de ser hijo de quien es, que en homenaje a su origen suele firmar sus obras teatrales como “el hijo de la tendera, en algún lugar de Tabasco”.





Del Pimpollo a las nieves, las paletas y las aguas frescas

La Calle Miguel Hidalgo, como casi todas las calles del centro de la ciudad, se caracterizó durante las primeras décadas del siglo pasado por ser pródiga en pequeños comercios. De ello dio cuenta en su admirable libro “Mis memorias de Villahermosa antigua” el fallecido periodista Manuel Antonio Vidal Cruz, quien rememora haber visto durante su infancia y juventud en esa calle al Café del Portal, una oficina de la Compañía Mexicana de Aviación, una ferretería, una notaría, un despacho jurídico, una peluquería, una tlapalería, una imprenta, una academia de taquimecanografía, una farmacia, unos billares, la H. Sociedad de Artesanos, un molino de nixtamal, una tortillería y una paletería. Esa paletería es ni más ni menos que: La Polar, un negocio con alrededor de 76 años de existencia, según me cuenta su actual propietaria y administradora, la señora Luz del Alba Tosca Durán. Iniciada en 1949 por una tía suya, la señora Anita Tosca Fuentes, y por su esposo el señor Salomón Tapia (michoacano con experiencia en el negocio de elaborar y vender paletas).

La Polar fue posiblemente la primera paletería que hubo en Villahermosa. Durante aproximadamente veinte años, la pareja que formaban doña Anita y don Salomón se esmeraron en fabricar sus deliciosas paletas, mientras que en el mismo lugar el señor Sebastián Tosca Fuentes (padre de la señora Luz del Alba) elaboraba unos helados que vendía en la esquina de la Plazuela del Águila. Lo hacía en un carrito ambulante que tenía visible el nombre: Pimpollo (el mismo mote con el que don Sebastián llegó a ser conocido). “Mis tíos —señala doña Luz del Alba— le hicieron a mi papá la propuesta de venderle la paletería, debido a unos problemas de salud que tenía ella, y él terminó comprándoselas luego de hablarlo con mi mamá, la señora Ignacia Durán”. La Polar pasó a ser, así, una nevería y paletería que después vendería también aguas frescas y en la que don Sebastián y doña Ignacia trabajarían duran-

te décadas, prácticamente hasta su fallecimiento.

El trabajo de sus padres tuvo una trascendencia que hoy se manifiesta en la continuidad de un negocio que ha logrado crecer y prosperar en medio de las dificultades, apunta la señora Tosca Durán. “En el área de elaboración trabajan varios empleados que trabajaron con mi papá y que llevan muchos años con nosotros”. Ella no omite hablar de algunas de esas dificultades por las que ha atravesado La Polar y tampoco de aquellas que ponen en duda su sobrevivencia. Entre las primeras, ninguna como la que supuso la gran inundación de 2007, cuando el agua rodeó por completo al edificio de la nevería, se perdió por completo la producción y se paralizaron las ventas por semanas enteras. Entre las segundas, se encuentran el alto costo

“La Polar fue posiblemente la primera paletería que hubo en Villahermosa. Durante aproximadamente veinte años, la pareja que formaban doña Anita y don Salomón se esmeraron en fabricar sus deliciosas paletas”

de la energía eléctrica y la disminución de las ventas, causada en gran medida por los nuevos hábitos de consumo de los villahermosinos. Hoy, la mayoría de los habitantes de esta ciudad prefiere irse de compras a las plazas comerciales, que comprar en negocios tradicionales como La Polar.

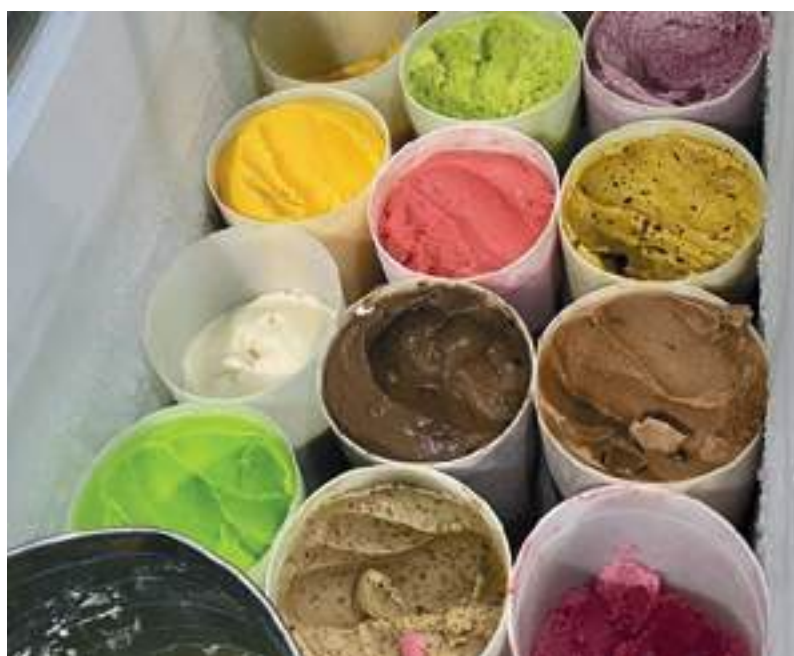
Con todo —expresa alegremente y con optimismo la señora Luz del Alba— si algo puede

distinguir a un negocio familiar que ha logrado permanecer a lo largo de décadas es el reconocimiento y la fidelidad de quienes aprecian sus productos. La Polar cuenta actualmente con un edificio propio —inaugurado en el año 2000 por el entonces gobernador Roberto Madrazo Pintado— y con dos sucursales: una en Paseo Tabasco y otra en Europalza. Quizá el reto mayor para la legendaria nevería y paletería de la Calle Hidalgo sea el relevo generacional que pueda hacer frente a sus desafíos actuales, admite la señora Tosca Durán. Dos hermanas, ella y su hermana María Elena, administran y dirigen el negocio después de que otros dos hermanos fallecieron, y sus hijos se dedican sobre todo a sus respectivas ocupaciones. Las dos se han planteado seriamente en dos o tres ocasiones cerrar la paletería y nevería, pero es triste y no es fácil decir adiós a lo que fue construido con esfuerzo y amor durante décadas.

VILLAHERMOSA nuestro anhelo compartido

La señora Luz de Alba me despide contándome que, en medio de la posibilidad de que La Polar cierre sus puertas, el negocio continuará hasta que sea posible sostenerlo. Una nieta suya, universitaria, ha empezado a ayudarla en algunas actividades relacionadas con la publicidad y el marketing en redes sociales y quizá con el tiempo ella pueda tomar las riendas. “Puede ser que ella quiera”, me dice. “Puede ser”, le respondo. Mientras tanto y pase lo que pase, La Polar vive. Está allí con su historia, con esas embajadoras que año con año la visitan para tomarse la foto y agregar la suya a

una extensa galería que los clientes pueden admirar; con la amistad que unió a don Sebastián —cuando vendía nieves con el Pimpollo en la Plazuela del Águila— con el poeta Carlos Pellicer; con los estudiantes del Instituto Juárez que saborearon sus helados; con los políticos y gobernadores que la visitan o alguna vez la visitaron; con su edificio de dos plantas, espacioso y confortable, señal de prosperidad y lujo para sus clientes fieles. ¿Qué más se puede pedir en la Calle Hidalgo de la Villahermosa de hace casi ocho décadas y de la actual?



Si el hambre te tumba, el orgullo te levanta

Camino ahora por la Calle Ignacio Zaragoza. Se trata de la misma que en tiempos pretéritos conducía a una parte de lo que se conocía como “El Barranco”, allí donde se desplegaba parte del incesante comercio fluvial responsable de traer —a través del río Grijalva— productos agrícolas de los

pueblos y comunidades rurales próximas a la capital. Satisfacían así a una voraz demanda de los villahermosinos. Me encuentro con la señora Isabel Díaz, propietaria de Revistas del Centro. Se trata de la última revistería de cuantas pulularon hace cosa de cinco o seis lustros en los alrededores del corazón de la ciudad. “Comenzamos en 1999 —me cuenta—, hace más de veinticinco años”. La gran inundación de



2007 los obligó a cambiarse del local de junto a aquel en el que ahora permanecen. “Y de ahí para el real”.

La señora Isabel me habla de grandes bodegas y distribuidoras locales de periódicos y revistas, hoy desaparecidas ante el cambio demográfico inevitable y la irrupción imparable de la era digital. “Había una distribuidora en la Calle Carranza, que luego estuvo en Juan Álvarez esquina con Sánchez Magallanes”. Pero los distribuidores locales se fueron a la quiebra con el cambio gradual en los patrones de compra y el ascenso de las redes sociales. Ahora sólo quedan distribuidores que operan desde la Ciudad de México. La razón es simple: si antes se vendían cincuenta o más ejemplares de periódicos locales como el Tabasco Hoy o el Presente, la cifra vendida actualmente no llega ni a la décima parte. De los periódicos nacionales, sólo *Reforma*, *La Razón* y *La Jornada* siguen vendiéndose localmente. Las revistas *Alerta* y *Alarma*, que alguna vez provocaron el furor de los lectores ávidos de la nota roja, ahora no circulan más, mientras que muchas revistas como *Kena*, *El Libro Semanal* y *El Libro Vaquero* sucumbieron ante el embate de los nuevos tiempos.

Revistas del Centro — señala la señora Isabel— ha sobrevivido a la desaparición progresiva de los puestos y expendios de revistas que era posible encontrar en el Mercado Pino Suárez, en la Calle Madero, en la Central Camionera y en varios puntos de la

entonces llamada Zona Remodelada. Lo ha conseguido a duras penas en parte gracias a las revistas de pasatiempos (compradas principalmente por una población que enve-

jece y que desea ejercitar su memoria resolviendo crucigramas, sopas de letras, auto-definidos, sudokus o cruza-das). La señora Díaz platica que también las ediciones y los fascículos coleccionables han contribuido a la permanencia de su revistería, y que existen unas pocas revistas que han sobrevivido hasta ahora la prueba del tiempo: las novelitas vaqueras de Marcial Lafuente Estefanía, la *Muy Interesante* y las de partituras o letras con acordes para tocar fácilmente guitarra o teclado. De unos cinco o seis años a la fecha —me señala— también en Revistas del Centro empezaron a vender hilos de algodón, lo que igualmente convierte al negocio en una pequeña mercería.

“¿Cuál cree que sea el futuro de su revistería frente a los retos que enfrenta?”, le pregunto a la señora Isabel. Consciente de que la pérdida de lectores y la abundancia de contenidos digitales son las principales causas de que un negocio como el suyo se vea obligado a cerrar tarde o temprano, la señora Díaz me responde que es la fidelidad y el cariño hacia una actividad que le permitió en su momento hacerse de un patrimonio y sacar adelante a su familia, lo

que la lleva a tratar de mantenerlo a flote. “Si el hambre te tumba, el orgullo te levanta”, termina sonriente. ●







La música en Tabasco, ritmo que quemama

Raúl Armando Hernández Glory

La magia y legado del estilo Chico Ché

Si se habla de un reconocimiento de la música popular tabasqueña en el contexto nacional de los últimos 50 años, hay que apuntar hacia el hombre de gafas oscuras y overol, que entre los 70 y 80 marcara un hito en este ámbito, Francisco José Hernández Mandujano, Chico Che.

Su legado musical, de permanente presencia en el Sureste de México, se ha preservado de tal manera que forma parte de la programación cotidiana de estaciones de radio, de tandas completas de grupos versátiles y DJ's que amenizan fiestas familiares y eventos, y por supuesto de *play lists* de melómanos de géneros latinos. Miguel de Cervantes afirma que la música compone los ánimos descompuestos y eso hace en especial la que nos dejó Chico Che: es una inyección de euforia que sus seguidores buscan constantemente.

La partida de Chico Che a finales de marzo de 1989 lo inmortalizó y elevó al rango de músico irremplazable en el sentir popular, particularmente de nuestra entidad donde la música, —sobre todo bullanguera—, corre en las venas de sus habitantes como el caudal de los ríos que la atraviesan.

Si bien, Hernández Mandujano se impregna de la inspiración de enormes compositores e intérpretes de la música tabasqueña como: Manuel Pérez Merino, Pepe del Rivero, Dora María, Cecilio Cupido, Antonio De Dios Guarda, Pedro Gutiérrez Cortés, Alfonso Vicens, Límbano Blandín, Alberto Zentella, Paco Solís, entre otros; imprime su propio sello, creando nuevas formas musicales tanto en arreglos como interpretación, que conectaron inmediatamente en el agrado de su público.

La magia del estilo de Chico Che, tan cálido y tropical, asociado a la cumbia, la balada, la música latinoamericana y hasta el rock, logró una comunión de notas que sigue siendo

material básico en la revisión de los creadores y ejecutantes musicales de las nuevas generaciones que comienzan a descifrar la chunchaca. Es loable que además de arreglista y cantautor de algunas de sus canciones, también ejecutaba teclados al interpretar su propia música.

Hay que añadir que como parte de la exploración de su trabajo musical también debe analizarse la personalidad de Hernández Mandujano, sustentada en una simpatía natural, ingenio y humildad, características que también estaban integradas en sus presentaciones, en general en su obra; todo en conjunto fueron causa de los tumultos que se formaban en la Calle 7 —de la Colonia Reforma— para escuchar sus ensayos y del numeroso cortejo que le acompañó a su última morada en el Panteón Central de Villahermosa.



Cierre de los ochenta con nuevos géneros fuera del terruño

Desde su ausencia, ningún coterráneo ha podido escalar en el sentir y reconocimiento de todo un país a las alturas que voló el hombre del overol en la música popular. Si bien, hay que decir que ya a finales de los 80, después de varios años de trayectoria en medios, despegaba vigorosamente de forma destacada a nivel nacional Laura León, cantante y actriz quien a la fecha perdura en el gusto y aceptación de la gente.

Para esos mismos tiempos Ricardo López Magaña, cantante de una voz privilegiada quien había iniciado su camino con Sexto Sentido del maestro Manuel Pérez Merino y después con el Grupo Capri, probaba suerte en la Ciudad de México, donde había destacado en su participación del OTI 80, posteriormente brilló durante varios años en los programas Sábados del 13 del periodista y conductor Jorge Saldaña en la otrora cadena nacional de televisión IMEVISIÓN.

Mientras tanto Moi Domínguez, aquel tabasqueño quien, en 1952 a sus 23 años se fue a la CDMX a probar suerte como cantante, gozaba de una trayectoria importante que había ganado como vocalista de sonoras y grandes orquestas interpretando sones y rumbas de la época dorada de los salones de baile y cabarets capitalinos como el Riviere o el Chato Parada, ya casi retirado participaba eventualmente en programas de televisión como invitado especial; precisamente uno de ellos fue Nostalgias de Jorge Saldaña y casi al final de su carrera también cantaba en La Embajada Jarocho.

En aquel cierre de los ochenta, también otros oriundos de la entidad, alcanzaban notoriedad por su participación en diferentes proyectos en el ámbito musical a escala nacional, como fue el caso de los hermanos Gaytán Barragán: Silvia (Bibi) y Daniel (Mano) en Timbiriche y el propio Daniel y Gonzalo (Chacho) con Gravedad Cero.

Destaca de manera especial Chacho, quien junto a Alejandra Rosaldo, surgió después como compositor, productor y cantante del reconocido grupo electro pop Sentidos

Opuestos, de gran relevancia en los 90. Incluso, hasta la fecha participa en proyectos musicales destacados tanto de pop, jazz y grandes bandas.

En otros géneros muy ricos y apreciables, como son el blues y el jazz; Yekina Pavón despuntaba entonces en la Ciudad de México, en una carrera que también fructificaría durante décadas para consolidarse como una gran intérprete nacional que deja un legado e influencia importante para los amantes de esta música, particularmente en nuestra entidad.

De haciendo bulla hasta el romántico versátil

Volviendo a la entidad, donde Villahermosa era epicentro natural de sus diversos movimientos musicales, después de la partida de Chico Che, Eugenio Flores, el talentoso saxofonista de La Crisis quien le imprimía un sello característico al estilo de la agrupación, retomó el proyecto junto a otros de sus miembros, manteniendo el gusto por la música que hiciera la delicia de los escuchas tabasqueños, resguardando con nostalgia los sonidos de la banda original.

Por otra parte, Karmito y los Supremos se encontraron ante el reto enorme de seguir posicionando a Tabasco como un referente nacional de la cumbia tropical, si bien logró ampliar aún más sus alcances locales, su influencia fue más bien en el orden regional. Se le recuerda gratamente como un gran animador “haciendo bulla y olas” en los partidos de la liga mexicana de béisbol del Estadio Centenario 27 de Febrero; actualmente, Karmito Junior —su hijo—, mantiene vigente la trayectoria y música que hiciera memorable al Brujo del Sureste.

Mientras tanto, otros grupos con fuerte arraigo y carrera como Los Persas, Los 7 Modernistas y Conjunto Capri, continuaban con su tradición musical en la entidad, aunque compartiendo la trayectoria de sus integrantes con otros proyectos musicales. En aquellos años los músicos de dinastía como Los Priego, Los Escalante, Los Villegas,

“En aquel cierre de los ochenta, también otros oriundos de la entidad, alcanzaban notoriedad por su participación en [...] proyectos en el ámbito musical a escala nacional”

Los Bolón, Los Toledo, Los Flores, entre otros, fueron poco a poco abriendo o integrándose a espacios que les auguraban éxito, ya sea en agrupaciones o con una carrera personal. Como ejemplo, destaca el caso de José María Escalante, quien fuera por muchos años integrante del grupo romántico Los Baby's y actualmente del legendario grupo chileno Los Ángeles Negros.

Asimismo, las sociedades entre artistas locales detonaron en propuestas frescas que reforzaban las expresiones que ya se ofrecían en el estado, de manera que nombres como José Ma. (Chema) De Los Santos, Juan Gil Castellanos (Johnny Sax), Carlos Ayala Pérez, Villahermosa Martín, Freddy Priego, Miguel León, Nelson Denis Ruiz, entre otros; consolidaban su destacada trayectoria con diversas facetas musicales en las que se presentaban al público.

Existían agrupaciones versátiles de corte tropical y romántico que se escuchaban con entusiasmo, tanto en Centro como en los demás municipios: Los Diáconos, Los Rubins, Los Karracha, Many Colash, Maney, entre otras que gozaban de mucho éxito e influencia entre sus oyentes.

En un corte más romántico continuaba su gran carrera el enorme Trío Usumacinta que en su larga historia contó con músicos que dejaron huella en el estado como: Rudecindo Germán Pérez, Rosario Espinoza, Máximo Machi Ramos, Gabriel Matus. Se recuerda igualmente al Trío Los Bardos, al Trío Imperial —que antes fueron Los Cupido con Francisco Esquivel y Ángel Ventura, hasta que ingresaron precisamente a Gabriel Matus—. En la actualidad este género se fortalece con Bohemia Imperial, de Raymundo Esquivel.



“En aquellos años los músicos de dinastía como Los Priego, Los Escalante, Los Villegas, Los Bolón, Los Toledo, Los Flores, entre otros, fueron poco a poco abriendo o integrándose a espacios que les auguraban éxito ya sea en agrupaciones o con una carrera personal”

VILLAHERMOSA nuestro anhelo compartido

Así también, emergieron los primeros DJ's, asociados a los servicios de audio para eventos, incluso desde los 70. Fue como sonaron con gran repercusión local y regional: Kiko y Co. con Jesús Antonio Aquino Ramón y Sonido Gaytán con Daniel Gaytán, en el marco de una sana rivalidad comercial que trajo consigo una ola de nuevas agrupaciones con este giro como: Las Torres, Xenón, Arpegio y ANAC entre otros, manteniéndose algunos vigentes a través de sus hijos, como el caso de Kiko Aquino Rubio con Kiko Music Systems.

En este sentido, es también destacable el trabajo de mezcla musical en foros fijos como el de José Ángel Ruiz Magdónel quien durante muchos años marcó época en La

Troje del Hotel Calinda, Jorge Loquillo Díaz en Ku Rock House o Carlos Aceite Morales en Dasha.

Del sentimiento identitario: tamborileros y las marimbas, al jazz

Lugar muy especial merece la música tradicional del Estado, aquella que conserva nuestros sonidos ancestrales y nos hace mirar, en la búsqueda de nuestra identidad, el punto de dónde venimos. Es allí donde Fernando Hernández Isidro (Don Coch) y Eleuterio Esteban (7 Pulmones) hicieron escuela para preservar y guiar con sus flautas la música de tamborileros hasta el esplendor que le dio el estatus que hoy



guarda esta agrupación, declarada justamente como Patrimonio Cultural Intangible de Tabasco, siendo por su riqueza ancestral y su característica endémica, uno de los elementos de identidad cultural más importantes de nuestra sociedad y con muchos representantes en diversos puntos del estado.

Se debe incluir aquí a las marimbas, instrumento que ingresó desde el vecino estado de Chiapas, colocándose en el gusto popular al integrarse con gran auge en la música con la que también se identifica a nuestra entidad. A finales de los 80's era notoria la presencia de la Marimba Lira del Municipio de Centro, Marimba Primavera y varias marimbas de las Casas de Cultura municipales que marcaron época como la de Emiliano Zapata que dirigía José María Bolón o la de Balancán fundada por Roberto Tejero Job. Asimismo hay que mencionar algunas solistas que impulsaron la música popular tabasqueña y regional entonces, como: Petty de Tabasco y más adelante, Livo, la Voz del Edén.

Con este sentimiento identitario, sería en los 90 cuando las canciones de Manuel Laureano Arrazola Hernández, el Choco Tabasqueño de mediados del siglo XX; serían recordadas por Jorge Alejandro Juárez, el nuevo Choco Tabasqueño quien agregaría además en su discografía piezas de reconocidos e ingeniosos compositores que hacen prevalecer en sus letras el sentir del trópico húmedo, como Tilo Ledezma y Salvador Manrique, por mencionar solo algunos.

En el área de jazz, la influencia de Enrique Fuentes y Ricardo Acuña, secundada por otros músicos como Chema de los Santos y la propia Yekina Pavón, lograron influir en una generación



que comenzó a marcar brecha para enriquecer paulatinamente el género en Tabasco, en la cual se identifican a músicos como: Edwin Córdova, Vicente Luna, Virgilio Zaldivar, Gabriel Lastra, Hafid Rojas, por mencionar, a los que se agregarían posteriormente Josué Pulido, Faustino Correa y Manuel Torres (Chaco Project), Patty García, Alfredo Lima, Francisco Javier y Gerardo Esparza Núñez, Emmanuel y Daniel Rodríguez, así como Samuel Piña Sandoval y Abel Aranda López, estos dos últimos de gran proyección nacional en el género gracias a sus trabajos colaborativos.

La enseñanza de la música, primeros apuntes

En relación a la enseñanza de la música, en especial la universal académica, clave en el desarrollo de esta disciplina para cualquier región del mundo; a finales de los 80 y du-

rante los 90, se hacía presente el trabajo de mentores que han dejado huella como: Isidro Méndez Balcázar, Tomás Herrera Casanova, Diosdado Fuentes Virgilio, Enrique Fuentes Velázquez, Ricardo Acuña Ramírez, Irina Samodaeva, Jesús Martell Chagoya, Miguel López Cervera, José del Carmen García González, Joaquín Vera Granados, Ramiro Rodríguez Díaz, Marcos y Daniel García Cacho, entre otros.

Posteriormente se sumarían nuevas generaciones de educadores musicales en donde hay que mencionar a: Ilia De la Rosa Muñoz, Óscar Cadena, Jorge Francisco de León, Victoria Fernández Samodaeva, Jaydoel Gómez, Saraí González Arano y de manera más reciente Luis Alberto Osorio.

Cabe destacar que, en este género de alta apreciación, Tabasco cuenta con exponentes importantes que han contribuido a su desarrollo en recientes décadas como: Héctor



Palacio, Aarón Jiménez, Karla Garrido y Paula Malagón.

También hay que considerar a maestros que en esa época se dedicaron a la enseñanza musical, aunque en otros géneros más populares con resultados sobresalientes como: Nelson Denis, Víctor de Dios Veites y Ruffo Mario García, entre otros, a los que se debe agregar en la actualidad a: Edwin Córdova, Francisco Javier Esparza, Asthrid Paz Herrera, Marco Aurelio Mandujano, Samuel Ramos Martínez, Daniel Balladares, Manuel Moreno y Bertino Ricardez Hoyos.

Los mentores enlistados han trabajado, o aún lo hacen, de manera independiente o en academias particulares o públicas que son de gran reconocimiento para la sociedad tabasqueña como: el Ágora, la Casa de Artes José Gorostiza, Escuela de Música Centro Interarts Odessa, Escuela Estatal de Música, el Centro de Desarrollo de las Artes y la carrera de TSU en Música, ambos de la UJAT; Escuela de Música de Nacajuca Alfonso Denis Ruiz, Gaytán Instituto de Artes, así como las Casas de Cultura de los municipios.



La música en Tabasco sigue sumando figuras y música

Como se puede percibir y aludiendo a León Gieco, la música es una cosa amplia, sin límites, sin fronteras, sin banderas; por lo que resulta gratificante que en el Tabasco contemporáneo, se siguen sumando a los nombres antes mencionados -aún en activo muchos de ellos-, nuevas figuras que participan en el entorno musical de la entidad en diversos géneros.

Así distinguimos en la música tradicional, regional, de trova y romántica a: Marimba Chilillos de Comalcalco, Marimba Manglares de Centla, Mariachis Juvenil Azteca y Real Azabache, Herencia Olmeca, Trios Nocturnal, Madrigal y Disonantes, por mencionar algunos. En este mismo segmento en calidad de solistas: Raymundo Esquivel, Nadxhielly, Ale Domz, Lidya Shine, Luis Manuel Moreno, Chanty Pulido, Álvaro Marín, Carlos De La Croix, Choco Chepe, entre otros.

En cuanto a los grupos versátiles y de cumbia tropical hoy también se pueden identificar a: Chemaney, Alfredo y sus Teclados, Matty y Los Palafox, Dimensión 48, Son Acústica, Orquesta Clave 12, Jhony BPol y La Sonidera, Fussion Habana, Grupo Entono y como solista desde luego a Chico Che Chico.

En los géneros de rock, pop, jazz y música indepen-

diente sobresalen por sus proyectos más sólidos y camino recorrido grupos como Acoustic Sound, Rock Royce Band, Lasitud, Las Polka Dots, Imperio Mexicano, Roma Jazz Band, Ares Dog, Jaezz, Antonio Zárate Cuarteto, Los Kennedy, Ensemble Edén; así como artistas en lo individual: Silvia Priego, Pedro Barrada, Sheyla Martínez, Karla Pavón, Guillermo y Gustavo Escalante, estos dos últimos de sangre tabasqueña brillando fuera de la entidad.

Se debe considerar igualmente la importante presencia de públicos afectos a los géneros urbanos donde Logan Hate, Kino y Jungdupy han abierto brecha local con sus destacados resultados y comienza a destellar en este rubro, la cardenense Dani Colorado.

Este bagaje cultural que nuestra entidad ha cimentado al paso de los años, permite identificar un contexto sobresaliente en el desarrollo y deleite de la música donde muchos protagonistas, algunos mencionados en este documento, han aportado —y continúan haciéndolo— en diversos foros.

Tabasco, en materia musical, es una fuente de inspiración de creadores y ejecutantes natos y talentosos que, empapados de los fundamentos y técnicas necesarias, alimentados de una disciplina firme desde edades tempranas, pueden contribuir a armonizar mejor su entorno y alcanzar otras latitudes sin reservas. ●

“Se debe considerar igualmente
la importante presencia de
públicos afectos a los géneros
urbanos donde Logan Hate, Kino
y Jungdupy han abierto brecha
local con sus destacados
resultados y comienza a destellar
en este rubro, la cardenense
Dani Colorado”



Villahermosa, palimpsesto vivo *de la* cultura



Miguel Ángel Ruiz Magdónel

Toda ciudad puede ser leída como un texto. Sus calles son frases, sus plazas son párrafos, sus monumentos son signos de puntuación. Y Villahermosa tuvo su oportunidad de construirse hace 40 años, cuando escuchó a sus creadores, abrió sus espacios para el arte, y convirtió la estética en política pública. Los escritores, pintores, pensadores y hombres y mujeres de cultura, fueron los arquitectos invisibles de la ciudad. Con sus obras construyeron sentidos, narrativas, imaginarios. La dotaron de alma, aprendieron a interpellarla, criticarla y transformarla. El creador tabasqueño o avecindado es a la vez testigo y agente del cambio urbano.

Villahermosa, había sido durante buena parte del si-

glo XX una ciudad provinciana, anidada a las orillas del río Grijalva, húmeda, aislada, con una vida cultural intermitente, sostenida por esfuerzos individuales como el de Carlos Pellicer con sus proyectos museísticos —principalmente el Parque Poema Museo de La Venta, inaugurado en 1958— y por la voluntad de algunos gobernantes visionarios como Manuel R. Mora Martínez y Leandro Rovirosa Wade —que levantó los cimientos de lo que hoy se conoce como Zona Cultural CICOM—. Pero fue en los albores de los años ochenta con la llegada al poder de Enrique González Pedrero y su esposa, la escritora Julieta Campos, cuando la ciudad comenzó a pensarse a sí misma como una metrópoli cultural y humanista en el sureste mexicano.

La ciudad como proyecto intelectual

González Pedrero no llegó al gobierno como un político tradicional. Era un intelectual de Estado, un pensador que había reflexionado sobre la democracia, la pobreza, la cultura y el poder. Su visión del gobierno no era tecnocrática ni populista: era filosófica, ética y estética. Para él, gobernar era crear condiciones para la dignidad, y la cultura el medio más profundo para lograrlo. Por su parte, Julieta Campos, aportó una sensibilidad literaria y una convicción profunda en el poder del arte como herramienta de transformación. Juntos, imaginaron un Tabasco, pero en particular a una Villahermosa, que no solo creciera en infraestructura, sino que despertara en conciencia, en sensibilidad, en identidad. La cultura debía ser un derecho y un instrumento de cohesión comunitaria.

Hoy, todos sabemos que el proyecto se concretó con creces. La estrategia de González Pedrero al frente del gobierno de Tabasco se distinguió por un equilibrio singular: supo rodearse de hombres y mujeres con sólida trayectoria en la vida pública, pero al mismo tiempo tuvo la lucidez de convocar a un grupo de jóvenes con vocación de servicio. Esta simbiosis permitió que la administración no se agotara en el corto plazo del sexenio sino que dejara raíces duraderas. En el entramado del ejercicio público, la cultura fue un terreno privilegiado: los museos, las bibliotecas, las galerías, las casas de cultura, las publicaciones y la creación de agrupaciones de productores simbólicos fueron gestiones que le dieron sustento.

Villahermosa, bajo esa visión, se consolidó como una ciudad cultural en el Sureste de México. La urbe dejó de ser únicamente un centro administrativo y comercial para proyectarse como laboratorio de ideas, arte y memoria. La estrategia de González Pedrero fue, en esencia, pedagógica: gobernar formando y formar gobernando. La transformación de la Capital no fue inmediata, pero sí constante. Entre 1983 y 1988, se sembraron las bases de la ciudad cultural que es hoy, una metrópoli que comenzó a pensarse como capital cultural; un organismo vivo donde convergen memoria, identidad y cultura; un espacio humano civilizatorio que debía reflejar la riqueza histórica de Tabasco y, al mismo tiempo, su vocación de modernidad.



Los agentes del cambio

El efecto de este periodo político sobre la escena creativa fue palpable. Se construyó un ecosistema cultural con raíces y proyección, que no creó sólo proyectos, sino trayectorias: poetas, narradores, artistas plásticos y fotógrafos, cronistas e historiadores, periodistas culturales y colectivos, encontraron en Villahermosa —paulatinamente equipada con infraestructura, redes y receptores—, un ámbito de trabajo, difusión y debate, para producir, exhibir y circular los productos culturales.

En la práctica, Villahermosa dejó de ser únicamente un centro administrativo; se convirtió en capital simbólica, intelectual y cultural que acogía congresos, festivales, laboratorios de producción artística, nuevos colectivos, la fundación de revistas y suplementos culturales, galerías y espacios independientes, circuito de talleres literarios, y más. La ciudad comenzó a hablar de sí misma, a narrarse, a pensarse. A lo largo de estos años la actividad artística y recreativa dejó de ser vertical y comenzó a ser horizontal, para convertirse en una ciudadanía cultural.

Laboratorio de Teatro Campesino e Indígena

Impulsado por la misma Julieta Campos y coordinado por María Alicia Martínez Medrano, el Laboratorio de Teatro Campesino e Indígena (LTCI) fue uno de los proyectos culturales de mayor visibilidad de la administración gonzález pedrerista. Desde comunidades chontales como Oxolotán, Tucta y Mazateupa, el laboratorio teatral llevó el arte escénico a sus habitantes, integrando la lengua, la cosmovisión y la historia local en montajes que dignificaban la identidad indígena. El teatro se volvió entonces pedagogía cultural y política, una herramienta de autoconciencia y cohesión comunitaria. El Laboratorio alcanzó notoriedad nacional e internacional. Sus grupos viajaron a Cuba, Nicaragua, Estados Unidos, Canadá, España y Francia, mostrando en escenarios diversos la vitalidad del teatro comunitario. Su visión dejó un legado que aún resuena: el convencimiento de que el arte puede transformar realidades sociales y que las comunidades rurales poseen una voz escénica capaz de interpelar al mundo.

Los Tesoros de Tamulté

El proyecto Tesoros de Tamulté, impulsado por el pintor y promotor cultural cubano Leandro Soto en la comunidad de Tamulté de las Sabanas, se constituyó también en otro de los capítulos más sugestivos de la política cultural emprendida en Tabasco durante el gobierno de González Pedrero. Más que una intervención artística aislada, se trató de una experiencia que conjugó arte, pedagogía y conciencia social, articulando a la comunidad con una visión de rescate identitario y democratización cultural. La premisa de Soto partía de una convicción humanista: cada comunidad guarda en sí misma un caudal de símbolos, memorias y saberes que constituyen auténticos tesoros a menudo invisibles o despreciados por la modernidad. En Tamulté de las Sabanas, pueblo con fuertes raíces yokotán y tradición campesina, el arte no se concibió como un producto externo que se lleva a un público pasivo, sino como un proceso compartido que surge de la cotidianidad de la gente. La intención era doble: por un lado, despertar en los habitantes el orgullo de su herencia cultural; por otro, mostrar al resto del estado —y del país— que en las comunidades indígenas y campesinas de Tabasco había una reserva viva de creatividad.



Nikambá: la danza del cuerpo y la memoria

Uno de los resultados más relevantes de los Tesoros de Tamulté fue la conformación del grupo de danza indígena Nikambá, producto de la coordinación conjunta de José Isabel García Morales, joven pintor y coreógrafo de Tamulté de las Sabanas, y Leandro Soto. La agrupación estaba integrada por adolescentes y jóvenes indígenas de la comunidad.

Concibió la danza como acto de exploración del cuerpo y de la memoria colectiva. En su trayectoria, Nikambá alcanzó importantes logros: giras nacionales, la participación en festivales de danza contemporánea en México y Centroamérica, así como la formación de bailarines que después impulsarían sus propios proyectos. Más que un grupo, Nikambá se convirtió en laboratorio estético que abrió un horizonte inédito para la danza en Tabasco, dejando huella en la construcción del imaginario cultural de Villahermosa.



**Los historiadores, constructores
del imaginario villahermosino**

El rescate y la difusión de la memoria histórica constituye siempre el cimiento invisible sobre el cual descansa la identidad de un pueblo. Una ciudad no se reconoce a sí misma únicamente en sus calles, monumentos o plazas, sino también en la conciencia de su pasado, en el relato colectivo que va tejiendo a lo largo de generaciones. En el caso de Tabasco, y de Villahermosa su ciudad capital, la recuperación de su historia —a menudo fragmentada, dispersa y olvidada— fue obra de un grupo de historiadores que, desde el seno de instituciones gubernamentales creadas exprofeso dentro del gonzalezpedrismo, asumieron la tarea de rescatar, documentar y reinterpretar la memoria local.

En ese proceso, la figura de Enrique Canudas Sandoval se erige como punto de partida. Con visión de largo alcance, Canudas dirigió el proyecto de rescate y microfilmación de documentos de la historia tabasqueña en el Archivo General de la Nación (AGN). Un producto fundamental de ese trabajo pionero fue la creación del Archivo Fotográfico de Tabasco en el que se recopilaron fotografías del siglo XIX y XX, provenientes de colecciones particulares y fondos públicos, que devolvió a los tabasqueños el acceso a su propia memoria y reconocerse visualmente

De aquel impulso inicial surgieron nombres que hoy resultan imprescindibles para conocer y comprender la historia tabasqueña: Carlos Ruiz Abreu, Martín Ortiz Ortiz, Elías Balcázar Antonio, Ciprián Cabrera Bernat, Samuel Rico Medina, Rodolfo Uribe Iniasta, Ramón Castellano Coll, José Antonio Rodríguez, Gerardo Rivera, Geney Torruco Sarabia, entre otros. A ellos se sumaron, en décadas posteriores, nuevas camadas de investigadores como Ricardo de la Peña Marshall, Héctor Valencia Reyes, Arturo Filigrana, Jorge Capdepon, Miguel Díaz Perera, Pablo Olán Marín, Luis Alberto López Acopa, quienes han mantenido vivo el espíritu de investigación histórica y cultural, y de publicación de las mismas.



Los escritores generadores de proyectos culturales

El devenir literario contemporáneo de Tabasco, y de Villahermosa en particular, no puede comprenderse del todo sin la presencia de una constelación de poetas, escritores y promotores que han sabido tejer, con su palabra y su acción, ya sea desde la función pública cultural o desde las iniciativas independientes, un mapa vivo de identidad y memoria.

La lista de autores tabasqueños que destacaron en la creación de un imaginario literario entre el último cuarto de siglo pasado y el primer cuarto de siglo XXI, es creciente, en ella tienen cabida algunos autores fuera del terruño como Dionicio Morales cuyas conferencias y recitales culturales permitieron que el diálogo poético intergeneracional se sostuviera, y que Villahermosa no perdiera el contacto con una tradición que es, a la vez, local y universal; o bien otros, que se modelaron a sí mismos personajes como Ciprián Cabrera Jasso, poeta prolífico, autor de más de cuarenta libros en géneros tan diversos como poesía, cuento, novela, crónica, teatro y periodismo cultural que se podía uno encontrar en cualquier esquina de la ciudad.

Y por supuesto, también están los que se comprometieron activamente en la gestión y la política cultural como el poeta Ramón Bolívar. Su impulso decisivo a las Jornadas Internacionales de Poesía Carlos Pellicer Cámara convirtió a Villahermosa en punto de encuentro de poetas de América y Europa, situando a Tabasco en el mapa internacional de la palabra. Otro promotor cultural nato fue Teodosio García Ruiz, dueño de una obra poética que en su momento constituyó un rompimiento con la tradición literaria tabasqueña y nos legó dos libros fundamentales: *Villahermosa. Peligro para caminantes*, y *Villahermosinos* (FEC, 2025) en los que dio cuenta de los personajes significativos de la capital tabasqueña en las últimas décadas.

En la conformación de la vida cultural villahermosina participaron intelectuales originarios de países latinoamericanos como el educador y sociólogo Lácides García Detjen humanista comprometido con la necesidad de situar a

Tabasco en diálogo con el pensamiento crítico latinoamericano desde el quehacer periodístico ejercido a través del suplemento *Tabasco en la cultura*, en el diario *Avance Tabasco*. Otra figura que llegó del sur y se quedó en esta ciudad fue el poeta ecuatoriano Fernando Nieto Cadena, desde su llegada en 1979, vivió y escribió en Villahermosa pero su presencia fue más que la de un escritor exiliado: fue la de un provocador de conciencias, un maestro de la irreverencia y un sembrador de inquietudes estéticas que transformó el modo en que se concebía la poesía en el sureste mexicano.

Y también se cuenta con el escritor, ensayista y biógrafo Álvaro Ruiz Abreu quien ocupa un lugar central en el mapa literario de México y, de manera entrañable, en el imaginario cultural de Tabasco. Ruiz Abreu mantiene un vínculo constante con Villahermosa y su labor como estudioso de los grandes poetas tabasqueños tiene frutos editoriales

como la biografía monumental de Becerra *La ceiba en llamas*. Y tenemos un villahermosino como el poeta Agenor González Valencia quien encarna una de las figuras más entrañables del imaginario cultural de Villahermosa. Su voz, modulada en la declamación perfecta, era más que un recurso retórico: era un acto de comunión estética y filosófica con el público.

Cada recital, cada conferencia, se transformaba en un espacio de revelación donde la poesía se volvía experiencia viva.

Cronistas e historiadores de la ciudad

En la memoria viva de Villahermosa destacan cronistas cuya labor ha sido esencial para dar forma al imaginario y la identidad de la ciudad. Desde registros distintos, han legado un retrato entrañable y profundo de la capital tabasqueña, al punto de que comprender Villahermosa sin su voz escrita sería tarea incompleta.

Empecemos por mencionar a Gabriela Gutiérrez Lomasto. “Doña Gaba” —como le llamaban con aprecio y admiración sus lectores— fue pionera en el periodismo hecho por mujeres y cronista de vasta sensibilidad que encarnó la defensa apasionada de la ciudad. Su pluma, impregna-

“La lista de autores tabasqueños que destacaron en la creación de un imaginario literario entre el último cuarto de siglo pasado y el primer cuarto de siglo XXI, es creciente”

da de ética y compromiso iluminó las calles, las plazas, los personajes cotidianos, los sucesos y espacios que definieron la vida villahermosina en la segunda mitad del siglo XX como se puede comprobar en su libro: *Mi mercado Pino Suárez*. Por su parte, Geney Torruco Sarabia, construyó con paciencia monumental su obra *Villahermosa, nuestra ciudad*, catorce tomos que recorren desde la época colonial hasta el presente. Se trata de una verdadera enciclopedia cultural que combina archivo, crónica y relato, y que dota a la capital de un relato integral.

Otro cronista de fundamental lectura es el maestro Jorge Priego Martínez, investigador apasionado de las tradiciones, de los personajes y la historia de Tabasco. Durante diez años coordinó con disciplina el Suplemento Cultural de *Novedades de Tabasco*, a lo que recientemente sumó obras como *Villahermosa, ciudad cambiante*, libro que confirma su capacidad de leer la transformación urbana como metáfora de la identidad colectiva. Más joven pero con similar pasión por la historia de la ciudad, Ricardo de la Peña Marshall ha sabido convertir la palabra hablada y escrita en un instrumento de memoria. A través de programas de radio y televisión, así como de sus publicaciones como su libro *Villahermosa y su historia. La ciudad de todos*, ha tejido relatos que mantienen viva la identidad de la ciudad. Su voz, cercana y didáctica, ha permitido que amplios sectores sociales se reconozcan en la historia local y se sientan parte de una comunidad con raíces profundas.





Sociedad de Escritores Letras y Voces de Tabasco

La fundación de la Sociedad de Escritores “Letras y Voces de Tabasco”, A.C., representó un momento decisivo en la consolidación de nuestra vida literaria contemporánea.

Esta asociación civil surgió como espacio autónomo de encuentro, creación y difusión, con el claro propósito de dar voz organizada a los escritores tabasqueños y proyectar sus obras más allá del ámbito local. Entre sus fundadores destacaron figuras como Mario de Lille Fuentes, Jesús Ezequiel de Dios, Vicente Gómez Montero, Norma Domínguez de Dios, Gonzalo González Calzada, Guadalupe Azuara, Antonio Solís Calvillo y Luis Alonso Fernández Suárez, entre otros. Su diversidad generacional y estilística, la publicación de libros de autores tabasqueños y la impartición de talleres literarios dieron a la capital un perfil de ciudad literaria, animando su vida cultural en diálogo con el resto del país.

La danza folklórica en Tabasco

La historia de la danza folklórica en Tabasco no puede entenderse sin la presencia de Rosa del Carmen Dehesa Rosado, Juan Torres Calcáneo y Elvira Vargas, particularmente de estos últimos, fundadores y directores a finales de la década de los setenta de la Compañía de Danza Folklórica de la Ciudad de Villahermosa. Bajo su guía, la compañía se convirtió en un emblema del arte escénico popular llevado a los escenarios. Sus montajes, basados en un riguroso trabajo de investigación y en la pasión por transmitir el alma de las comunidades, configuraron lo que hoy puede llamarse la identidad dancística de Villahermosa.

Colegio de Artes de Tabasco

El Colegio de Artes de Tabasco A. C., fundado en Villahermosa en la década de los ochenta, surgió como una respuesta a la necesidad de dar cohesión y visibilidad al creciente movimiento de artes plásticas en el estado. Aglutinaba a artistas de trayectorias consolidadas y a jóvenes creadores, con el propósito de dinamizar la escena artística local y proyectarla a nivel nacional. Entre sus integrantes sobresalieron figuras como Bertha Ferrer, promotora incansable de la cultura; Fontanelly Vázquez Alejandro, quien ejerció un liderazgo indiscutible dentro del grupo; Férido Castillo, Alejandro Ocampo, Rogelio Urrusti, y pintores de la nueva generación como Tomás Mejía, Edén García, Javier Pineda, Leonardo Jerónimo, Ricardo Tórres, Héctor Juárez, Perla Estrada, Níger Madrigal, Jesús Carrillo, José Ramírez, Antonio Ruiz, Ramón Briones y Xóchitl Balcázar, entre otros. La convivencia de distintas generaciones dio al Colegio un carácter integrador, y sus exposiciones individuales y colectivas ampliaron el panorama estético de la capital y fortalecieron la identidad cultural de Tabasco.

Foro Artístico y Cultural de Tabasco

Fundado en 1985, el Foro Artístico y Cultural, A.C., es un colectivo de artistas, escritores, músicos, promotores culturales, actores, poetas, pintores, escultores, periodistas y pensadores que, desde la diversidad de sus disciplinas, han contribuido a construir el imaginario estético y simbólico de la ciudad. Entre sus miembros distinguidos se cuentan: Claudia Cecilia Gómez del Rosario, Gerardo Brabata Pintado, Norma y Évelyn Cárdenas Zurita, Margarita Orrico, Jorge Priego Martínez, Juan Torres Calcáneo, Norma Navarro, Norma Domínguez de Dios, Perla Estrada, Carlos González Gutiérrez, Vicente Gómez Montero, Eduardo Broca, Aurora Alday, Gonzalo Manzanilla, Alma y Paloma Rives Robles, Xóchil Robles, Aurora Alday Castañeda, entre otros. A través de las décadas, el Foro ha sido arquitecto del alma urbana, custodio de la sensibilidad tabasqueña, y constructor de puentes entre el pasado y el presente.



Jornadas Internacionales de Poesía Carlos Pellicer

Las Jornadas Internacionales de Poesía Carlos Pellicer surgieron en Villahermosa, en 1989, impulsadas por el IV Comité Regional de la Conalmex-UNESCO y coordinadas por el poeta Ramón Bolívar y Samuel Gordón. Su objetivo fue rendir homenaje permanente a la memoria y la obra del gran poeta Carlos Pellicer, pero también con la ambición de situar a Villahermosa en el mapa cultural internacional. El impacto fue inmediato: Villahermosa se transformó por unos días —en torno a la conmemoración del aniversario

luctuoso de Pellicer: cada 16 de febrero— en una ciudad tomada por la palabra poética. Tabasco recibió la visita de escritores de gran renombre internacional: Eliseo Diego, José Prats Sariol, Alfredo A. Ruggiano, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Samuel Gordon, Jennie Ostrosky, además de nuestros poetas nacionales más significativos. Este intercambio no solo enriqueció la vida cultural local, sino que abrió horizontes de diálogo y fraternidad intelectual. Al reunir a poetas de distintos continentes, consolidaron la idea de Villahermosa como una metrópoli cultural del sureste mexicano.

Festival del Chocolate Tabasco

El Festival del Chocolate Tabasco, creado en 2010 por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Turismo, se ha consolidado como una de las celebraciones más emblemáticas de Villahermosa y del sureste mexicano. Nacido con la misión de difundir la tradición cacaotera y posicionar a Tabasco como cuna del cacao mesoamericano, el Festival ha crecido de un encuentro modesto a un evento internacional que cada noviembre reúne a productores, chocolateros, chefs, académicos y visitantes de todo el mundo.

Sus premisas son claras: colocar al productor en el centro, difundir la cultura del cacao como patrimonio vivo y convertirlo en motor de desarrollo turístico y cultural. El Festival combina exhibiciones, catas, concursos, talleres y rutas gastronómicas, integrando tradición e innovación. Villahermosa se transforma así en metrópoli del cacao, generando derrama económica y visibilidad global.

El impacto ha sido notable: más de cien mil visitantes recientes, presencia de países invitados como Italia y los integrantes del Mundo Maya, y visitantes regulares de Estados Unidos, Canadá, Francia, Bélgica y Brasil. Más allá de la promoción turística, el Festival es una pedagogía cultural que rescata el valor simbólico del cacao y lo proyecta hacia el futuro, reafirmando a Tabasco como territorio donde historia, sabor e identidad se encuentran.

El teatro en la Ciudad; rostro cultural y un espacio de afirmación identitaria

La práctica teatral en Villahermosa posee una genealogía que hunde sus raíces en la década de los sesenta, cuando la maestra Carmen de Mora comenzó a reunir a jóvenes y entusiastas en torno al escenario. Fue una siembra discreta pero decisiva: en sus talleres se formaron muchos de los actores y directores que luego encabezarían la vida teatral en la Ciudad. En los años ochenta la actividad escénica recibió un espaldarazo institucional y se multiplicaron las



agrupaciones, se abrieron foros, se creó un clima de reconocimiento y Villahermosa comenzó a consolidarse como un polo escénico en el Sureste. Entre las figuras centrales

están Vicente Gómez Montero, novelista, actor y dramaturgo que partir de 1998 dirigió la Compañía de Teatro Celestino Gorostiza. Junto a él, nombres como Miguel Stanich, Jaime Olmedo Crespo —impulsor del Premio Celestino Gorostiza y de la celebración del Día Internacional del Teatro—, Francisco Giorgana Hernández —director que impulsó el teatro café,

actor y dramaturgo—, Laura Sierra, Raúl Batalla, Ana María Anadón y Enrique Iriarte, Osiris Vera, Lorena Gómez y María de los Ángeles Bastarmérito Rodríguez, dieron al movimiento teatral diversidad de estilos y un notable rigor profesional.

Desde el inicio del siglo 21 las agrupaciones comenzaron a integrarse en un movimiento general que dotó a

Villahermosa y al estado de un aspecto cultural diverso y dinámico. De esas agrupaciones destacan varios referentes como el grupo Mi vida en el arte, fundado por Alejandro

de la Cruz Hernández en 2008, colectivo que ha llevado el teatro a comunidades, escuelas y espacios no convencionales. Y más recientemente, el proyecto Teatro en 30, impulsado por Víctor Balboa y la fallecida actriz Cecilia Priego, que ha enriquecido la escena local con obras breves, ágiles y provocadoras. También destacan el grupo Huacalito, es-

pecializado en teatro de títeres, ha llevado el arte escénico a la infancia; y Héctor Fernández Martínez, conocido como El Chocolate, quien ha explorado el humor y la crítica social desde una estética popular. En tanto que maestros y actores como Salvador Alpuín, Ricardo Crocker e Igor Seva, animaron la vida cultural de municipios y comunidades, demostrando que el teatro no era exclusivo de la capital.

“Entre las figuras centrales están Vicente Gómez Montero, novelista, actor y dramaturgo que partir de 1998 dirigió la Compañía de Teatro Celestino Gorostiza”.

Villahermosa hoy, como metrópoli cultural del sureste

La transformación de la capital tabasqueña durante las últimas cuatro décadas la han convertido en una verdadera metrópoli cultural: con sus creadores, con bibliotecas de vanguardia, museos, parques, laboratorios teatrales, suplementos culturales, archivos históricos y galerías de arte. Villahermosa es una ciudad que se reconoce como heredera de Pellicer, Gorostiza, Becerra y Josefina Vicens, pero que también abre espacios a las nuevas generaciones. Al poseer hoy un imaginario histórico sólido, capaz de sostener su identidad frente a los desafíos del presente y del futuro, ha aprendido a mirarse como una ciudad capaz de pensar y producir su propia modernidad. ●



El paisaje urbano de Villahermosa como construcción de ciudadanía

Gisele Angulo Noriega

«¿qué es hoy la ciudad para nosotros?
Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades».

Las ciudades invisibles. Italo Calvino

En 1983 Italo Calvino (1994) en la universidad de Columbia Nueva York, cuestiona a su audiencia al dialogar su obra, *Las ciudades invisibles*, realiza una pregunta sobre algo que nos ha acompañado desde que nacemos a los millones de personas del mundo que vivimos en ciudades; este último poema de amor que se ha escrito 45 años antes, sigue vigente al hacernos la misma pregunta hoy día, ¿qué es hoy la ciudad para nosotros?, para el niño, ama de casa, conductor de transporte, para la administración pública, intentando dar respuesta a esta pregunta observo lo que una tarde de viernes sucede en uno de los parques de la ciudad

de Villahermosa entre el aire que anuncia la lluvia, la plática lejana y el sonido del tráfico, en pocos metros cuadrados se entretienen los tópicos que en toda ciudad se buscan resolver para ser habitable, se puede concluir que la ciudad debe hacerse y vivirse como aquellas que Italo Calvino prefiguró, deben hacerse pensando en que son un poema de amor a las ciudades y el espacio que posibilita que esto sea así, es el espacio público, un lugar con vocación de ser para todos, unificando la imagen de la ciudad desde los imaginarios del paisaje en el trópico húmedo.

Bajo este escenario nos encontramos con espacios que



a lo largo de los años de vida de Villahermosa y las poblaciones que integran el municipio del Centro, han tenido el carácter de espacio público y otros con vocación de ser, que se encuentran en estado contingente y con características del *terrain vague*. Ignasi de Sol- Morales acuñaba el término *terrain vague* (terreno baldío, yermo) para aquellos espacios que ante el crecimiento de las ciudades y cambios paradigmáticos en el sistema económico quedaban en abandono; sitios que tenían una posibilidad de convertirse en lugares como los definidos por Marc Auge, donde “la relación entre la ausencia de uso, de actividad y la sensación de libertad, de expectativa es fundamental para entender la potencia evocativa que los *terrain vague* de las ciudades tienen en la percepción de esta. Vacío entonces como ausencia, y sin embargo también como promesa, como encuentro, como el espacio de lo posible, expectación” (Solá de Morales, 2000, pág. 126).

Del palimpsesto queda el empirismo del habitar

Villahermosa ha manifestado un crecimiento acelerado no ajeno a otras ciudades latinoamericanas que se han extendido a lo largo de sus territorios siguiendo el modelo de ciudad dispersa; fenómeno que responde a una planeación urbana dirigida bajo el paradigma del au-





tomóvil que da origen a nuevas poblaciones que se alejaban de los centros fundacionales. Estos que se habían edificado a través del palimpsesto queda el empirismo del habitar y una estructura de damero que en Villahermosa por la geografía dictada por los cuerpos de agua fue imposible replicar. Esta estructura inicial se encontraba entretejida por la arquitectura civil y los espacios públicos vinculados a los edificios gubernamentales y religiosos, ejemplo de esto son Plaza Armas y el Parque Juárez, y lo eran también, los muelles y barrancos del río Grijalva, donde por el intercambio de bienes económicos y sociales se creaban espacios públicos que mostraban el carácter de un territorio de agua. Ante este crecimiento acelerado se olvidó que el espacio público es el que, parafraseando a Jan Gehl, humaniza el espacio urbano (2005), donde el diálogo y encuentro con la otredad se da; donde el *ethos* y la ética del ciudadano es conformado, es también lugar y paisaje donde “el *fûdosei* expresa la

fenomenología del paisaje, en su doble aspecto, individual y social, donde geografía e historia, paisaje y cultura están conectados” (Moya Pellitero, 2011, pág. 29).

Hoy se vuelve a poner atención en aquello que permite el habitar las ciudades, como aquella casa que nos resguarda y preserva los elementos simbólicos-culturales y naturales que nos dan identidad, pues el no habitar la ciudad, como producto de la casi o nula existencia del objeto (espacio público-paisaje) que soporte las actividades que van enriqueciendo la memoria de las personas; su cohesión como grupo social, identidad entre identidades, donde ellas se signifiquen y resignifiquen al espacio, ha llevado a la destrucción no solo de contextos culturales, naturales sino artificiales, arrasamos con todo aquello que no entre en el parámetro de actual o progreso, aquello que se ha vuelto ajeno a nosotros, es por esto que se debe pensar la ciudad como “un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, recuer-

“Ante este crecimiento
acelerado se olvidó
que el espacio público
es el que, parafraseando a Jan Gehl,
humaniza el
espacio urbano”

dos, signos de un lenguaje, son lugares de trueque, como explican todos los libros de economía, pero estos trueques, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos” (Calvino, 1994).

El derecho colectivo a la ciudad de los deseos

En la Agenda 2030 de las Naciones Unidas se recoge esta búsqueda de mejora de la calidad de vida en las ciudades, particularmente en el punto 11: ciudades y comunidades sostenibles, teniendo como misión: “lograr que las ciudades sean más inclusivas, seguras, resilientes y sostenibles”. Este objetivo de carácter urbano hace hincapié en el desarrollo

dual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege; es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del colectivo sobre el proceso de urbanización” (Harvey, 2013, pág. 20), porque es la experiencia del habitar la ciudad quien diagnóstica las necesidades del espacio urbano, ante esto es necesario planear y diseñar el espacio público desde el diseño participativo promoviendo la gobernanza de quien los habita, donde las metodologías empleadas vayan prefigurando el ciudadano que se involucra en el cuidado del espacio público (Borja, 2003).



sostenible a través de poner el centro de atención en las personas, la equidad, inclusión urbana, ciudades compactas y sustentables; y es el espacio público uno de los escenarios para llegar a esto. En el punto 11.7 se menciona que de aquí al año 2030 se deben crear los escenarios para “proporcionar acceso universal a zonas verdes y espacios públicos seguros, inclusivos y accesibles, en particular para las mujeres y los niños, las personas de edad y las personas con discapacidad” (Unesco, 2025). Este objetivo se encuentra asociado a un concepto que Henri Lefebvre (1968) acuñó en su obra homónima y que ha ido evolucionando hasta entenderlo como un bien colectivo, “el derecho a la ciudad es por tanto mucho más que un derecho al acceso indivi-

Pero también se debe recurrir al colectivo para comprender los procesos sociales históricos de cada comunidad, barrio, colonia y pueblo, que nos orientarán en las intervenciones pertinentes del espacio público existente que se encuentre en abandono, o en el terreno baldío con vocación, y así encontrar en el propio tejido complejo de la ciudad espontánea el sitio idóneo para proporcionar: “jardines, parques, áreas verdes. El espacio público ciudadano no es un espacio residual entre calles y edificios (...) Mejor dicho, estos espacios citados son espacios públicos potenciales, pero hace falta algo más para que sean espacios públicos ciudadanos (...) es un espacio físico, simbólico y político” (Borja J. , 2000, pág. 7).

“A veces me basta un escorzo abierto en mitad
mismo de un paisaje incongruente, un aflorar en la niebla,
el diálogo de dos transeúntes
que se encuentra en medio del trajín,
para pensar que partiendo de allí
juntaré pedazo a pedazo la ciudad perfecta”.

Las ciudades invisibles. Italo Calvino

Oui en ha bita di ag nosti ca

La fronda de un árbol de hule se ofrece como promesa de oasis en el caos de la Calle Zaragoza (así es conocida popularmente) donde las capas de tiempo se entretajan: el tiempo de la vida cotidiana con el tiempo detenido entre los techos de las casas y la cobertura arbórea que ha persistido como testimonio de la imagen del trópico tabasqueño, “la ciudad es el *locus* de la memoria colectiva” (Rossi, 1966, pág. 226), memoria histórica y cultural establecida en el tabasqueño por los claros periodos que configuraron la imagen de la ciudad: la ciudad de los barcos y monterías; la ciudad que Carlos Pellicer cuestionó y prefiguró como reducto del paisaje tabasqueño en la ciudad; una ciudad que creció exponencialmente debido al boom petrolero y trajo consigo formas de presunta modernidad al trópico.

De estos periodos encontramos parques que han perdurado desde que la fotografía análoga y los relatos de viajeros hicieron constancia de la existencia de una ciudad a orillas del río Grijalva: “frente al embaute que destruye la armonía de la naturaleza de otro tiempo, será mejor conservar, junto con una dosis de optimismo, la imagen mítica del río Grijalva contada y cantada por su poeta Carlos Pellicer (...) desde aquella tarde sin prodigios de fuego, amo más al río Grijalva y a la ciudad que

adora” (Assad, 2005, pág. 159).

Es esa imagen mítica del río Grijalva la que nos abre la posibilidad de pensar cómo debe ser este espacio público y ciudad donde la otredad encuentra un signo de identidad que cohesiona para el bien de nuestra casa común. “Los barcos están ahí, en la memoria y la historia reciente de Tabasco, como están sus ríos, sus manglares, sus potreros y pantanos, esperando ser recuperados” (Ruiz Abreu, 1985, pág. 14). ¿Qué otras imágenes de la historia de este territorio constituirán un corpus para el diseño de parques, áreas verdes, plazas y jardines del Municipio del Centro?, ¿cómo volver atraer al territorio al espacio público y así instituir el paisaje? Aparece de nuevo la imagen de niños cruzando los pequeños puentes, a semejanza de una geografía olvidada, de agua y orillas, la fronda de los árboles trae de vuelta a la mancha urbana todo el verde trópico.

El espacio público del trópico

Bajo la premisa del concepto paisaje, ¿cómo debe intervenir el espacio público del trópico en la contemporaneidad en el Municipio de Centro? Este soporte de la identidad donde se articula la naturaleza y cultura es el paisaje. La RAE lo define como la extensión de terreno que se ve desde un sitio, este mirar es lo que vincula a lo natural con lo cultural por lo tanto es también construcción social (Besse, 2006), ya que el paisaje no es solo un lugar físico, sino el conjunto de una serie de ideas, sensaciones y sentimientos que elaboramos a partir del lugar y sus elementos constituyentes (Berque, 2002), y finalmente, recordemos el origen etimológico de la palabra como la porción de país en nuestra memoria.

Haciendo un recorrido por algunos de los parques intervenidos en la administración de la Mtra. Yolanda Osuna Huerta quien a través de estos 4 años ha llevado a cabo trabajos de rehabilitación e intervención en espacios públicos, así como fuentes y monumentos, en los cuales se han recuperado los valores de otras épocas, pero también se ha hecho una crítica sobre elementos que ya no reflejan las relaciones que establecemos con otros seres vivos, ejemplo de resignificación son las jaulas de aves en el Parque Los Pajaritos y el Parque Las Guacamayas en elementos escultóricos. La propuesta paisajística en su expresión de jardines ha

VILLAHERMOSA nuestro anhelo compartido

buscado introducir más allá del césped, herbáceas de hojas perennes que elaboran un discurso unificador en el paisaje urbano a través de una arquitectura sutil.

Diseñar el espacio público para la vida digna

A partir de este ejercicio de observación para la consolidación del espacio público, proponemos actuar y pensar cada intervención y rehabilitación desde la transdisciplina y la gobernanza, contemplando los siguientes posicionamientos:

Diseñar el espacio público para actividades contemplativas, Jan Gehl en su propuesta teórica metodológica nos invita a pensar en el estar, ¿qué ofrecemos para quien va de paso o permanece?, es el estado contemplativo el que permite crear una imagen de permanencia, sabiendo que nuestro hacer debe ser un constante “cuidar de las personas y de la valiosa vida que tiene lugar dentro de los edificios” (Gehl, 2005).

Diseñar el espacio público para ofrecer servicios ecosistémicos, empleando paisajismo naturalista en fuentes, jardines y monumentos, permitiendo la biodiversidad en la



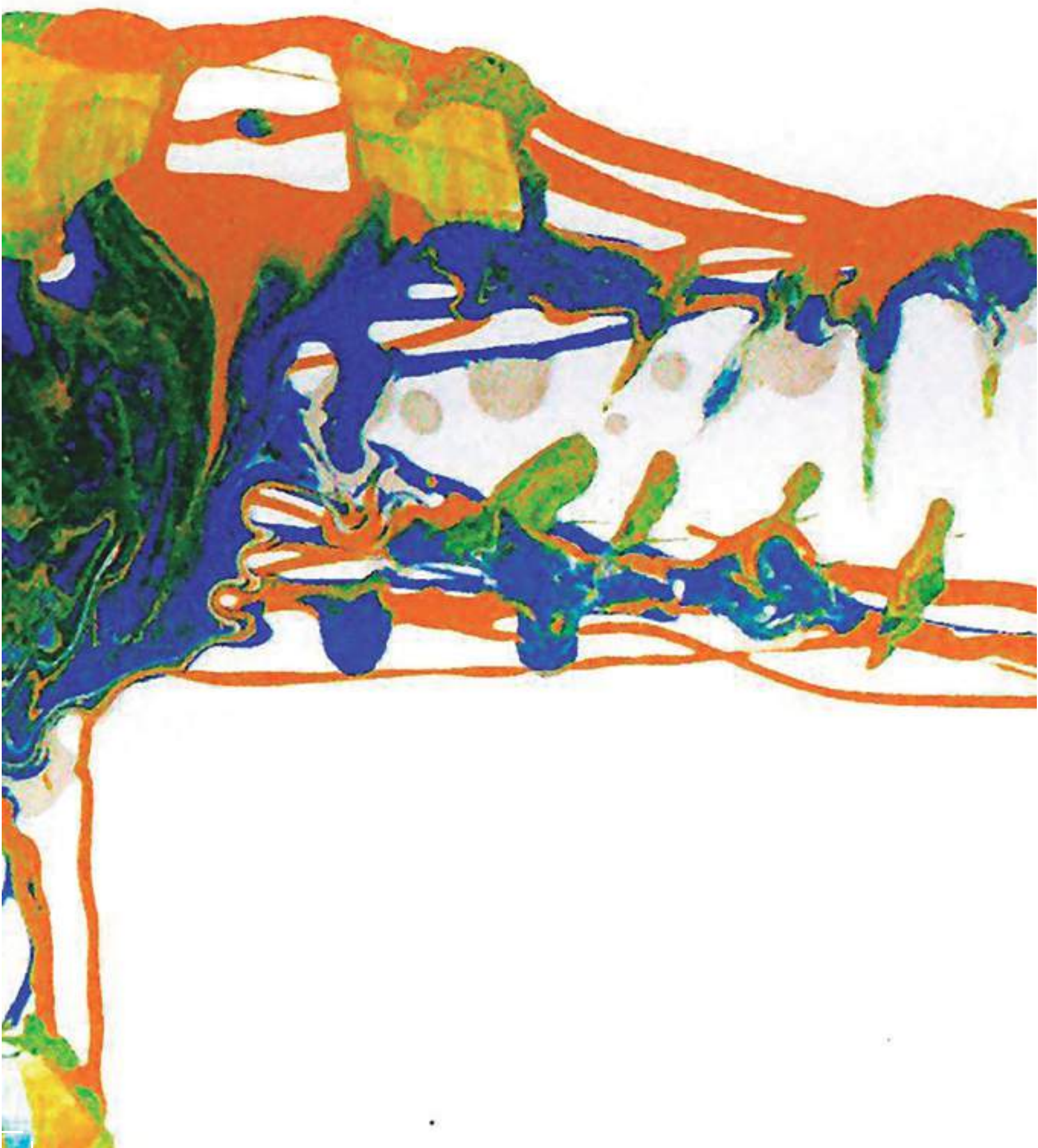
mancha urbana, el conocimiento de los ciclos naturales y los sonidos de insectos que nos conforman un paisaje sonoro distinto al ruido de automóviles.

Diseñar el espacio público jugable, más allá del mobiliario podemos pensar en intervenciones que permitan a diversas generaciones interactuar, lo lúdico permite la socialización, los adultos se conocen a través de los niños promoviendo grupos sociales consolidados.

El espacio público es el que permite que quienes habitan la ciudad tengan una vida humana y digna, es primordial para el desarrollo sostenible definido como lo que “promueve la prosperidad y las oportunidades económicas, un mayor bienestar social y la protección de medio ambiente, transformándonos en una sociedad más justa y equitativa, con el objetivo de prosperar en el presente, pero sin comprometer los recursos del futuro” (ONU, 2017). Insistir desde la administración pública a través de las acciones ya realizadas, es acercarnos a una de las ciudades narradas de Italo Calvino, es hacer un poema de amor a la ciudad de Villahermosa y el municipio del Centro, es volver a encontrar los saberes y formas de habitar el trópico, dónde las tardes son para sacar la silla y platicar con los vecinos. ●

Referencias:

-
- Assad, M. C. (2005). *El Grijalva un río que fluye en la historia*. *Signos Históricos*, núm. 14, julio-diciembre. UNAM.
- Besse, M. (2006). *Las cinco puertas del Paisaje*. En J. Maderuelo, *Pensamiento y paisaje*. ABADA editores.
- Borja, J. (2000). *El espacio público, ciudad y ciudadanía*. UPC.
- Borja, J. M. (2003). *El espacio público, ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electa.
- Calvino, I. (1994). *Las ciudades invisibles*. Madrid: ciruela.
- Calvino, I. (1994). *Las ciudades invisibles*. Siruela.
- Gehl, J. (2005). *La humanización del espacio público*. Reverte.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Martínez de Pinsón, E. (2007). *Paisaje, cultura y territorio*. En J. Nogúe, *La construcción social del Paisaje* (pág. 343). Nueva Era.
- Moya Pellitero, A. M. (2011). *La percepción del paisaje urbano*. Biblioteca Nueva.
- ONU. (03 de septiembre de 2025). *Objetivos de desarrollo sostenible*. <https://www.un.org/sustainable-development/es/cities/>
- Ricoeur, P. (2003). *Hermeneutica y arquitectura*. (J. Muntañola Thornberg, Entrevistador)
- Rossi, A. (1966). *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili.
- Ruiz Abreu, Á. (1985). *Tabasco una cultura del agua*. Gobierno del Estado de Tabasco.
- Ruiz Abreu, Á. (2007). *Pellicer Poética de la luz*. Gobierno del Estado de Tabasco.
- Solá de Morales, I. (2000). *Inscripciones*. Gustavo Gili.
- Unesco. (03 de septiembre de 2025). *UNESCO*. <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/cities/>





Semblanza de participantes en Villahermosa, nuestro anhelo compartido

Escritores

Alicia Mateos, escritora y periodista. Con más de 20 años de trayectoria en el periodismo de Tabasco. Becaria del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA) con el proyecto Ruta Museal, en la categoría de Difusión del patrimonio artístico del estado.

Beatriz Pérez Pereda, obtuvo el Premio Iberoamericano Bellas Artes de Poesía Carlos Pellicer para obra publicada en 2023, sus libros más recientes son: *Persona no humana* (CONARTE, 2022) y *Crónicas hacia Plutón* (ITAC, 2022). Premio Blancas Mariposas por el H. Ayuntamiento de Centro (2025). Tiene cinco perros y un gato y vive a las orillas de un río en el Sureste de México.

Francisco Payró, economista y escritor. Autor de los libros *Bajo el signo del relámpago* (poesía), *Todo está escrito en otra parte* (poesía) y *Con daños y prejuicios* (relatos). Ha colaborado en las revistas culturales *Letras Libres* y *Nexos*, así como en otras revistas y suplementos culturales.

Gisele Angulo Noriega, docente y Maestra en Arquitectura en el campo de conocimiento de Diseño arquitectónico por la UNAM en el 2009, obteniendo el grado académico con el trabajo de investigación: *“El color en el paisaje de Villahermosa bajo un enfoque hermenéutico orilla este del Rio Grijalva”*.

Kristian Antonio Cerino, es académico y periodista. Hizo estudios de Comunicación y Docencia en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. UJAT y de Literatura Hispnoamericana en la Universidad Veracruzana. Ha ganado premios en el género de Crónica. Autor de *Breve encuentro con los otros. Relatos periodísticos* (2023).

Miguel Ángel Ruiz Magdonel, escribe ensayos y poesía. Ha publicado: *Donde está el paraíso* (1989); *Circaria. Una Poesía después de Pelli-cer, Gorostiza y Becerra* (1998); *Las ordalías del verbo* (2008); figura en la antología bilingüe *Poesía de América para el mundo* (Coord. Roberto Arizmendi; 2013), entre otros.

Raúl Armando Hernández Glory, académico y escritor. Ha publicado artículos y cuentos para diversas revistas y periódicos. Autor del libro *Historias vulgares de artistas desterrados por el olvido* (UJAT, 2019), aparece en el libro de antología de literatura contemporánea tabasqueña *Voces desde la Casa* (2019).

Fotógrafos

Anel Tadeo López, originaria de Villahermosa, Tabasco. Licenciada en Comunicación. Desde el año 2002 se interesa por la creación de imágenes como medio de expresión y divulgación. Estudio el Diplomado de Actualización Profesional en Fotografía: Realización de Proyectos fotográficos por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura en el año 2011.

Martha Eva Ochoa (Mare Ochoa), nacida en Villahermosa, Tabasco, el 23 de diciembre de 1986. Fotógrafa formada en el Centro de la Imagen de Tabasco y Psicóloga Clínica en la UJAT. Ha tomado diplomados, cursos y talleres de Fotografía desde 2013.

Melissa S. Moheno, diseñadora gráfica senior y fotógrafa con diez años de experiencia, directora de Partum Diseño. Concluyó el Diplomado en Fotografía Creativa en el Centro Cultural Villahermosa. Su formación artística incluye óleo, acuarela, estudios de historia del arte y el MOOC El Bosco en El Prado.

Miraldelly Marín Amézquita (Puerto de Frontera, Centla, Tabasco). Docente y creadora visual en el campo de la fotografía. Promotora de la fotografía creativa a través de proyectos comunitarios y talleres para mujeres. Es candidata a doctora en Humanidades y Artes.

Ricardo Cámara Córdova (Manzanillo, Colima. 1973), fotógrafo y diseñador. Colaboró para la revista *Punto de partida* de la UNAM, en el número titulado “*Diez Poetas de Tabasco*” (1970-1985) y realizó el registro fotográfico de las piezas arqueológicas del Parque Museo de La Venta para el catálogo *El Basalto y la Luz* (UJAT 2011).

Rigoberto de Jesús Hernández Contreras, licenciado en Historia por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, fotógrafo entusiasta por los temas históricos buscando siempre preservar la herencia cultural y artística del estado de Tabasco

Sara Alicia Priego Pérez, ha participado en más de 200 exposiciones colectivas en Tabasco, Jalisco, Puebla, CDMX, Campeche; con obra publicada en libros como: *Senderos de Luz* y *Vuelo del Jaguar*; en los catálogos de *Fotografía Contemporánea en Tabasco*. Cuenta con 5 exposiciones individuales en diferentes recintos del estado.

Pintores

Alejandro Ocampo, pintor tabasqueño, sus estudios artísticos los realizó en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura “La Esmeralda”. Promovió la fundación del Museo de Cultura Popular y la Galería Tabasco, sus obras se han expuesto en los principales recintos culturales del estado, en el museo de la Ciudad de México y en el extranjero como Nuevo México y el South Broadway Center, en Estados Unidos.

Eleazar Valencia, destacado artista plástico y gestor cultural originario de Tamulté de las Sabanas, Tabasco, con 30 años de trayectoria. Formado inicialmente en la escuela experimental “El Tesoro de Tamulté” y licenciado en Desarrollo Cultural por la UJAT, su carrera destaca manera individual y colectiva en México, Estados Unidos, Cuba y Panamá.

Jesús Carrillo, pintor, escultor, muralista y escenógrafo con más de 30 años de trayectoria, ha tenido exposiciones internacionales y nacionales, comenzó en la escultura con barro y ha evolucionado hacia murales, ha recibido premios importantes en bienales.

Marcio López, originario de Las Choapas, Veracruz, estudió pintura y grabado en la Casa de la Cultura con el Maestro Férido Castillo. Tomó curso de modelado y pintura en la casa de la cultura “Francisco Hernández” en Celaya Guanajuato, ha realizado exposiciones dentro y fuera del estado. Premio Estatal de Cultura “García Mora” 2007.

Marco Tulio Lamoyi (Jalpa de Méndez, Tabasco, 1957), destacado artista plástico, pintor e instalador mexicano con más de 40 años de trayectoria. Egresado de «La Esmeralda» (INBAL), su obra fusiona pintura, escultura e instalación, explorando lenguajes geométricos inspirados en las culturas prehispánicas (olmeca y maya) con un enfoque contemporáneo y universal.

Mónica Casanova, artista plástica; interesada en temas de actualidad; he transitado de la pintura, a la instalación, ensamblaje y desde hace algún tiempo exploro los antiguos oficios de costura, bordado y tejido como formas de expresión.

Níger Madrigal, poeta y artista visual 1962. Cárdenas, Tabasco. Ha realizado diversas exposiciones individuales y colectivas a partir de 1984. Las más recientes: Colectiva "*Homenaje a Rosario Castellanos*" Museo de Arte Contemporáneo. Actualmente es coordinador en el Departamento Editorial de la Universidad Popular de la Chontalpa, donde creó la revista de arte y literatura *Signos*.







Villahermosa:
nuestro anhelo compartido
Entró a los talleres gráficos el
7 de mayo de 2026,
con una impresión final
de 2000 ejemplares.